

Pensamientos

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

2

BD450

A
E3

v.1

✓

00568



1080014219



OBRAS DE RAFAEL CAGIGAS, PBRO.

PENSAMIENTOS

TOMO I. — VOLUMEN I.

- Tomo 1º Pensamientos
- ” 2º Estudios sobre el amor según la filosofía griega.
- ” 3º Ensayo sobre un nuevo sistema ideológico.
- ” 4º Estudios sobre la Moral.



MÉXICO.

IMP. DEL "CÍRCULO CATÓLICO"

Calle de Medinas núm. 25.

1890.

Capilla Alfonso
Biblioteca Univer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

42728

BD450

C3

v. 1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Biblioteca Universitaria
Universidad Autónoma de Nuevo León

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

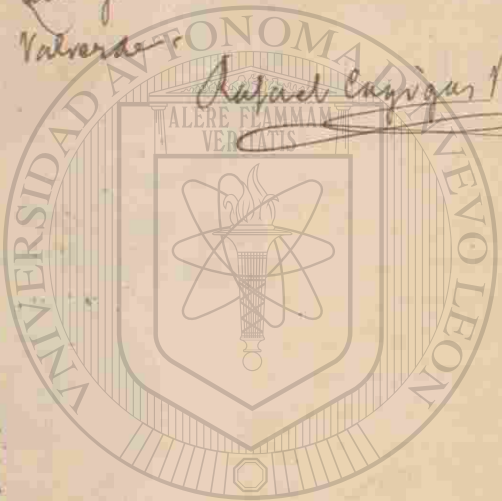
Rafael Cagigas, Lbro.

005682

Al Sr. D. José Fernando de Homec.

UANL

~~Al Sr. D. ...~~ mi muy querido
amigo el docto Pbro D. Leutero
Valera



Rafael Casique Pbro.



AL LECTOR. (1)

ALGUNOS de mis pensamientos tienen por objeto al hombre: quizá alguno me tilde de temerario por haber tentado penetrar en los abismos del humano corazón con la escasa luz de 25 años, que son los de mi edad, pero así como el alma del artista desea, según Platón, engendrar en lo bello, así el alma del que contempla las cosas morales desea engendrar en lo bueno

¹ Una parte de estos Pensamientos se publicó en el periódico *El Heraldo*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

199709

VI. AL LECTOR.

desde la edad temprana: *est partus in bono.*

Desde los comienzos de la vida intelectual fijamos nuestros ojos en el hombre, enigma indescifrable, mezcla de grandeza y de miseria, luz y sombra, problema insoluble, á fin de estudiar nuestro yo en ese espejo; escudriñamos su corazón, para ver la fuente arcana de sus miserias, de sus deseos, de sus aspiraciones, y gastamos con gusto los más preciosos momentos de una vida tan breve, en la consideración de este sér miserable. En todas partes buscamos á ese algo misterioso que apenas se trasluce en el cuerpo: en las ciudades, en los campos, en los mares, en los desiertos, en los libros, buscamos sus huellas, y ca-

AL LECTOR. VII.

da día, cada hora, cada momento, descubrimos algo nuevo en él que antes ni habíamos vislumbrado: con afán buscamos las causas de su ambición, de su orgullo, de su egoísmo y de su locura, á fin de percibir en estas escorias al sér contradictorio que, por medio de ellas, quiere alcanzar una felicidad adecuada á sus apetitos y sobradamente digna de su nobleza, y lo hacemos así, porque nos pasma ciertamente ver á esa pequeña porción de materia, por el espíritu informada, á este ente infinitésimo, con signos altísimos de infinidad, correr velozmente por los caminos de la vida y por la superficie de la tierra, donde por su pequeñez y mezquindad desaparece, buscando con an-

siedad algo que lo aquiete, y un rincón á donde no lleguen los verdugos que tanto lo atormentan: queremos sondear ese abismo donde están entremezclados y confundidos los más excelentes y los más bajos apetitos. ese yo, esa quimera, tirano, ídolo, objeto á un mismo tiempo de amor y de aborrecimiento, monstruo insaciable á quien nada contenta, á quien su ambición de felicidad enloquece y hace cada día más y más infeliz; víctima y verdugo, engañador y engañado, esclavo y señor, compendio de lo más perfecto y de lo más imperfecto que en el Universo existe. No descuidamos medio de llegar hasta allí, y, por ardua que sea la faena, perseveramos en ella, mientras las

fuerzas no nos fallecen, á fin de percibir un ápice más de este sér incomprendible.

Aprovecha grandemente y acarrea dulces consuelos al miserable el conocimiento de sus miserias, porque en ellas aprende á ser humilde y sabio, á despreciar lo que antes buscaba vanamente para calmar su inquietud, á estar sobre sí mismo y á buscar, no aquí, sino en otro éter más puro, el único y verdadero centro de su amor, de sus deseos y de sus aspiraciones. Bueno es también, que el hombre orgulloso que maldice de Dios, que le ofende, que lo niega, que infringe sus leyes, sepa que es un gusano impotente, lleno de asquerosos instintos; que su pobre razón tan au-

daz para negar, es morada de incertidumbres y de dudas, mezquina, tenebrosa y criminal, que envenena el espíritu de los hombres con los frutos de sus torpes amores, con el absurdo: bueno es que llegue á las puertas de su corazón y contemple, desde allí, á solas, sin que nada le divierta de esta contemplación, á ese monstruo solitario, á ese yo que tan poco conoce. indague la causa de sus temores, de sus dudas, de sus apetitos, busque el origen de esa loca ambición que lo atormenta y de esa inefable ansiedad que nada puede calmar, para que así palpe toda la monstruosidad de su orgullo y se horrorice al verse arrojado en un abismo de miseria tan espantoso: sólo así, sin dejar de ser

miserable, dejará de ser orgulloso y será, por esto mismo, objeto no de desprecio, sino de infinita compasión. Su miseria, su pobreza, su soledad, su ignorancia, su impotencia patentes ya á su espíritu en toda su deformidad, le moverán á exclamar: pobre mortal, por que te alejas de Dios? arrójate en sus amorosos brazos (1); ámalo ahora con la misma intensidad con que antes lo aborreciste, y más todavía, si puedes; ya no quieras parecer rico, poderoso, omnisciente, pues has visto ahora, que eres pobre, impotente y necio: nido será entonces su corazón de puros y suaves afectos; copiosa la eflorescencia de las virtudes; luz apacible su entendimiento,

1 Frase de San Agustín.

XII. AL LECTOR.

morada celestial su alma y siervo sumiso su cuerpo. ¡Qué dicha tan sabrosa y regalada será para el que engendró en lo bueno, ver que sus generaciones son el nutrimento de las hambrientas almas!

Por lo que respecta al "Canto á la Belleza," diré, para descargo de mi conciencia, que hago más las siguientes palabras de Mellodino: "Declaro que las palabras recibidas de los Poetas, Filósofos, y Autores gentílicos y profanos, uso solamente como adorno y imitación poética y humana, sin darles alguna fé ó crédito, de que pueda inducirse duda ó seguirse escándalo en los ánimos virtuosos."

Rafael Cagigas.

PENSAMIENTOS.

I.

CANTO A LA BELLEZA.
UN CRISTIANO Y UN PLATÓNICO.

PLATÓNICO.

BELLEZA eterna, belleza increada, absoluta y divina, tu esplendor permanecerá eternamente y nada menguará tu purísima substancia. Por tí son verdes los campos y azul el cielo, por tí es blanca la luz y rosados los dedos de la aurora; sin tí no habría armonía, ni orden, sin tí

XII. AL LECTOR.

morada celestial su alma y siervo sumiso su cuerpo. ¡Qué dicha tan sabrosa y regalada será para el que engendró en lo bueno, ver que sus generaciones son el nutrimento de las hambrientas almas!

Por lo que respecta al "Canto á la Belleza," diré, para descargo de mi conciencia, que hago más las siguientes palabras de Mellodino: "Declaro que las palabras recibidas de los Poetas, Filósofos, y Autores gentílicos y profanos, uso solamente como adorno y imitación poética y humana, sin darles alguna fé ó crédito, de que pueda inducirse duda ó seguirse escándalo en los ánimos virtuosos."

Rafael Cagigas.

PENSAMIENTOS.

I.

CANTO A LA BELLEZA.
UN CRISTIANO Y UN PLATÓNICO.

PLATÓNICO.

BELLEZA eterna, belleza increada, absoluta y divina, tu esplendor permanecerá eternamente y nada menguará tu purísima substancia. Por tí son verdes los campos y azul el cielo, por tí es blanca la luz y rosados los dedos de la aurora; sin tí no habría armonía, ni orden, sin tí

no existiría el ideal del arte, el numen de los poetas, la diosa de la inmortalidad. Por tí tienen las almas una forma que las asemeja mucho á tí, forma puramente inteligible, que no ven los ojos, ni perciben los oídos, ni palpan las manos; tú encendiste en ellas el sacro fuego que se llama amor y haces que arda en los corazones de tus despreciadores, como si fuera lámpara de un sepulcro y tú escribiste aquel verso *Jam seges est ubi Troja fuit*, para memoria del castigo que diste al infame amor de una adúltera insigne. Figurada te muestras al tacto y en mil combinados colores á los ojos y la cuerda herida por el plectro te trae á nuestros oídos y

el entendimiento te ve la misma en la luz, en la extensión y en las vibrantes cuerdas de la lira.

Flor de la forma, como te llamó el más admirable de los neoplatónicos del Renacimiento, Marsilio Ficino, ejemplar eterno de las eternas y bellas razones que las almas derraman sobre todo lo que tocan, "no es infeliz, diré con Plotino, el que no posee ni los hermosos colores, ni los hermosos cuerpos, sino el que está privado de la posesión de tí, único bien por el cual y sólo por el cual, toleramos perder los reinos é imperios de la tierra, del cielo y del mar, á fin de allegarnos á él y á él solo contemplar." ¡Oh Hermosura que no sales de los *sz-*

*cro*s *áditos*, para que ningún profano te vea, tú que inspiraste á la fatídica de Mantinea, aquel ditirambo inmortal repetido en un Convite memorable, manifiéstame todas las cosas bellas, para que, por su medio, te contemple á tí; dime ¡oh centro del círculo de los hermosos seres! hasta dónde se extienden tus radios y cuál es la medida de esa circunferencia maravillosa, fuera de la cual no existe nada bello, ni nada digno de mi contemplación. O quieres que te conozcamos cuando se apaguen las lumbres del sol y de las estrellas, cuando no haya tiempo, ni movimiento, cuando despojado de este cuerpo mortal, mi espíritu se iden-

tifique contigo, como quieren Platón y el más divino de sus discípulos? Corten entonces el hilo de mis días las Parcas y aparezca de súbito la eterna mañana en que te contemple en mi espíritu infundida y tan presente á mí como el dios ó la musa al mortal en cuyo espíritu se dignan posar por breves instantes; llegue esa perenne mañana de mi transfiguración en que no vea sino á tí, en que al contemplarme, no vea mi prístina naturaleza, ni una sola reliquia de mi antiguo ser, ni nada que no sea tu substancia, de la mía indistinta. ¡Oh infinita Hermosura, en la que resplandece toda la variedad y número de las especies y de los gé-

neros, si este mundo corpóreo que tan hermoso nos parece, no es sino un pálido simulacro del mundo incorpóreo. ¿qué serás tú misma, esplendor de la primera luz?

CRISTIANO.

Eres la idea más sublime que concibió el ingenio pagano, la síntesis de las bellas concepciones del mundo antiguo, pero desde que apareció en el mundo la cristiana belleza, se ofuscó tu brillo y perdiste el imperio del amor y de la lira. Ya no eres aquella idea subsistente que el Saturnio, seguido de los otros dioses y de los espíritus inmortales, contemplaba desde su alado carro, eres ahora un

monumento indestructible de la filosofía gentil y la gloria de Platón. La Belleza mía es el Verbo Eterno, la Bondad misma que quiso encarnar para comunicársenos, por el modo más excelente, como dijo el Fénix de Aquino, porque es su delicia estar con los hijos de los hombres; ya ninguna alma apetecerá girar al rededor de tí por perpetuas eternidades, y, si engañaste á un poderoso entendimiento, no engañarás al flaco mío, porque es imposible engañar á un corazón cristiano.

¡Qué dulce me será cuando las increadas tinieblas de los espacios envuelvan de nuevo el caos, cuando Dios sea el único centro del

amor y de la adoración, ver el número de los espíritus bellos predestinados por la Sabiduría eterna, número armónico, por el cual un seno infecundo produjo almas purísimas, realidad y vida, bello, indestructible, síntesis de toda grandeza y hermosura y quién sabe si la última creación de un Dios que no creará jamás! Qué dulce me será, cuando, girando mi existencia, no alrededor del tiempo y del espacio, sino en el lugar inextenso é indivisible de la eternidad, silencioso y tranquilo como el yermo solitario de la nada envidiado por Nieremberg, donde no brilla otra luz que la de los espíritus, donde Dios es el que es, donde engendró

al Verbo, contemplar sin intermisión esta infinita Belleza, digna de infinito amor!

Tú ignoras, oh platónico, repetiré palabras que dije en otro tiempo (1) que esta Hermosura que no crece ni decrece, es la imagen expresa del Padre, especie íntegra, subsistente y nítida, en la que existen los arquetipos de todos los seres, hermosuras y perfecciones, la que buscaban en horas de éxtasis y de contemplación los Plotinos y los Proelos, los Tophail y los Bengabirol, la que buscaban Malebranche y Gioberti, León Hebreo y Fernelón en su Ontologismo; es la Her-

¹ Estudios sobre el amor. Doctrina de Platón.

mosura antigua que San Agustín amó tan tarde, la que efunde los rayos de su armonía en todos los seres y la que juntamente con el Padre es principio del subsistente y eterno Amor. Esta infinita Hermosura consiste en la armonía de las relaciones del Entendimiento al Verbo y del Entendimiento y del Verbo al Amor, y así en las eternas procesiones del Entendimiento y de la Voluntad, existen las razones eternas de la Hermosura y del Amor. Tú no sabes que

Guardando nel suo Figlio con l' amore
Che l' uno e l' altro eternalmente spira
Lo primo ed ineffabile valore
Quanto per mente ó per occhio si gira
Con tanto ordine fe che esser non puote
Senza gustar di lui ehi cio rimira. (1)

1 Dante, Paradiso.

PLATÓNICO.

Carmina nulla canam! Canta tú, oh Cristiano, y deja que mi espíritu sea arrebatado por tu furor divino; veo que se apaga la luz de Platón, que se obscurece esa hermosura en la que esperaba aprender la ciencia de lo bello y hacerme inmortal. Ya no cantaré ditirambos, ni versos heroicos, y, aunque admiro la especie, la luz victoriosa de la tenebrosidad de la materia, la bella idea en las cosas, paréceme finita aquella causa y flor de las hermosuras, que, como dijo Plotino, no es razón, ni imagen, ni especie, ni forma. Canta á tus ideas, oh cristiano, porque son más bellos

tus cantos que los de Sócrates, Platón, Máximo de Tiro y Plotino, más elevados que los de Xenóphanes, Orpheo y Porfirio.

CRISTIANO.

Tus divinas ideas, oh Dios mío, difunden (1) una luz eterna y tranquila que no se inmuta, son el esplendor del cielo, cuya calma, sosiego, serenidad y silencio le hacen hermoso y divino, son las fuerzas infinitas é inefables, diré con Malón de Chaide, de tu infinita Sabiduría; las formas inmutables de las cosas, eternas porque nadie las creó inmutables porque no son temporales, y, aunque ellas no nacen ni pe-

1 No entiendo pluralidad formal.

recen, son las razones de las cosas que nacen y perecen, como dijo ingeniosamente tu amado Agustín.

En el principio de los tiempos hablaste al Caos y el Caos tembló agitando sus sombras, brotó un torrente de luz y existieron de súbito el color y el número, combinaste dos líneas, la recta y la curva, derramaste sobre ellas la riqueza del número y del color y apareció un mundo tan hermoso, tan admirable, de tan acabada perfección, que, á los ojos de un genio incomparable y casi divino, parecía el mejor de todos los posibles (1),

1 Leibnitz; fué el primero que con sólidas razones demostró el optimismo soñado por Platón y Plotino.

creaste á las almas que, inteligentes, colmadas de amor y de pureza y alumbradas por tu indeficiente luz, parecían una suavísima emanación de tu Esencia, una idea de tu Mente. En mi naturaleza compendiaste las bellezas del mundo espiritual y del sensible, porque si contemplo mi cuerpo, veo en él todas las excelencias y perfecciones de los géneros inferiores, y cuando en mi alma veo á mi alma, admiro el simulacro de tu Hermosura divina y allí te hallo, como te hallaba San Agustín.

Todas estas cosas fueron hechas por Tí, *cum delectu pulchri et boni* (1) y son hermosas, porque se

1 Leibnitz. System. Theolog.

conforman con el ejemplar de tu Mente, y si *las criaturas son en sí nada y tinieblas* (1), tus ideas las llenan de hermosura y de luz, si el alma dá un nuevo sér á la materia, si la purifica y ennoblece, anima y vivifica todos sus átomos, es, por que, siendo semejante á Tí, obra, asimismo, por un modo semejante al tuyo.

Principio fecundísimo del número, unidad incomprensible en que se resuelve todo número y medida, radical principio y causa de toda posibilidad, fuente exuberante en que rebosa eternamente el agua de la vida, si no estuviera grabado en mi alma el eterno número

1 Frase de Santo Tomás.

que vislumbró Platón, ni hubieras sembrado en ~~mi alma~~ ^{ella} las semillas de tus ideas, jamás me hubiera allegado á Tí para contemplar tu hermosura, ni te hubiera visto reflejado en mí, ahora que estoy tan lejos de los caminos de la eternidad.

Hoy veo esculpido en mi alma el simulacro de los arquetipos inmutables de tu Esencia, veo que la muestra lo alto de su origen y lo subido de su perfección. Si no los contemplara como reflejos de otra luz más pura, si no entendiera que son sólo una semejanza de otros im-
participados, quedaría tan enamorado de mí mismo, que me creería un Dios. Razones tan excelentes como mi espíritu, más necesarias

que mi existencia, tan inmutables como mi esencia, llevoos impresas y no os he adquirido por medio de la labor intelectual, sois la luz de mi alma y las prenunciadoras de su inmortalidad.

Atrevida, grandiosa, aunque extraviada es la concepción de un espíritu de los pasados siglos, en el cual derramaste á manos llenas, sin tasa, ni medida, el genio y la bondad. (1) Viendo él que nuestras ideas son *necesarias, superiores al espíritu mismo*, (2) indivisibles é inmutables, que no existen porque el hombre viva, ni dejan de existir.

1 Fenelón. Véase Tratado de la Existencia de Dios

2 Frase de Fenelón.

porque el hombre muera, preguntaba: *¿mes ideas seront elles Dieu?* y no podía menos que entender con Malebranche que la mente ve á Dios como á su objeto inmediato (1). Si el entendimiento que no tiene en sí nada de divino, como creía un extraviado filósofo (2), con sólo contemplar sus ideas, se pierde en tan subido y magnífico Ontologismo, qué será, oh Dios mío, contemplarlas como en sí son, qué será entenderlas, no por trabajosos discursos, sino intuitivamente, cuando el espíritu sea cuasi tan inteligente cuanto ellas inteligibles? En ellas entenderé por qué el número es

1 En sus atributos relativos, se entiende.

2 Rosmini.

causa de distinción, si, como creía Plotino, *consiste en cierto discurso del alma, si res illa in qua decas inspicitur decas ipsa est*; cómo la unidad puede reproducirse idéntica á sí misma y cómo entraña, por esto mismo, una idea armónica de tu Esencia divina, la razón suficiente de toda realidad, los límites de la belleza y perfección de las criaturas. En ellas entenderé los indiscernibles de Leibnitz, los misterios que ni vislumbró Saint-Martin en sus espirituales cálculos y los abismos del prodigioso cálculo infinitesimal, ahora invisibles é insondables, serán océanos de luz que ilustrarán los campos de las maravillosas ciencias matemáticas,

tan despreciadas por Bossuet y Chateaubriand; entenderé la Filosofía, ciencia pura y altísima, germinadora de ideas bellas, fuente perenne que nutre á los entendimientos durante los días de su terrestre vida. Señora de las humanas ciencias y luz que las transfigura y enaltece con la abundancia de su claridad.

Oh ideas más bellas que las ideas que concibió Platón, más divinas que la *divina forma* de Aristóteles, cuándo será que os vea, no por un resqueicio, no á inmensa distancia, no en fracciones, no con los ojos de mi ahora enfermo y cautivo entendimiento; cuándo llegará ese día sin noche de mi felicidad, ese

momento siempre actual, al que no antecede, ni sucede otro momento, tan duradero, como todos los instantes de infinitos tiempos *¡para el que* contemple la excelencia de tu Hermosura, no en sus efectos ó imágenes, sino en sí misma, se sumerja mi espíritu en el océano de tu infinita inteligibilidad, la Belleza sea dueña de mi alma y mi alma dueña de la Belleza.

La suave claridad de tu Esencia, sin deslumbrar mi entendimiento, se reflejará en mi espíritu tan distintamente, que te harás visible en mí mismo, y serás en mí, como si fueras una idea mía, y yo en tí casi tan perfectamente estaré, como cuando era sólo idea en

Tí. (No es acaso mi alma tan espiritual, como la idea de mi alma existente en Tí?) Si yo real, como soy ahora, no he existido en tu misma Esencia, ni he sido, ni soy parte formal de tu substancia, cuando llegue el venturoso momento que espero, cuando tu luz espiritual y divina haga inteligibles todos los objetos, nos unirán los lazos del amor tuyo y del amor mío, y si no he estado eternamente en Tí, en Tí estaré eternamente.

Valor pues, alma mía,
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia apagarás un día;
Por alcanzar porfia
Del cielo las moradas esplendentes.

De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver humana inteligencia,

Con místicos abrazos,
A confundirte en la divina Esencia. (1)

PLATÓNICO.

A esto aspiraba, oh cristiano, el alma de Plotino, quería que su espíritu fuera una sola cosa con el Bien mismo, flor de las hermosuras y hermosura de las hermosuras, y esperaba que la luz de aquel lugar supraceleste que Platón describe en el Phedro, se comunicaría á todos sus habitantes, para que contemplaran la celeste Hermosura, no fuera de sí, porque infundida toda ella en las almas, la tendrían en sí mismos. Allí esperaba, hablare aún el lenguaje divino de

1 Oda Teológica. Paráfrasis de Menéndez Pelayo.

los platónicos, aprender óptimamente la victoria del divino arte sobre la materia, amar á los cuerpos por su idea y en su idea, como enseña el sublime Máximo de Tiro en sus disertaciones, entender la pura idea de lo bello, fuera de la materia; y yo, cristiano, que no leía otros libros que el Timeo, el Phe dro, el Symposio y las Enneadas, parecía morir de esperanza y deseos de amor cuando leía estas palabras del sublime comentador de Platón: “Los dioses ven allí no sólo las cosas que están sujetas á mutación, sino las que existen en la esencia y se ven á sí mismos en los otros dioses; todas las cosas están manifiestas y claras; nada hay allí

tenebroso, ni nada que obste, y cada dios está manifiesto en toda su esencia á los demás dioses. Cada luz se mezcla por doquiera con las otras luces; cada dios tiene en sí todo y todo lo contempla nuevamente en otro: allí están el sol y las estrellas, y cada estrella es un sol y todas lo son juntamente, todo es permanente, sin que ninguna mutación lo turbe; lo bello es allí lo bello mismo, porque no yace en otra cosa bella; permanecen los dioses, no como en ajeno pavimento, porque el fundamento de cada uno es su propia esencia. Los que estas cosas contemplan, jamás sienten fatiga, ni por quedar hartos desisten de contemplar; la vida no es la-

boriosa, porque es una vida pura; por qué ha de serlo para quien tan óptimamente vive? La vida es sabiduría, no adquirida por medio de raciocinio, porque siempre fué íntegra y cabal, ni en parte ninguna le falta algo que pueda ser indagado; es la primera sabiduría que no depende de otra sabiduría; es esencia." (1)

1 Item illos omnia cernere non illa quidem quæ generationi subjecta sint, sed quæ sint in essentia: videre se quoque in aliis. Omnia enim illic undique perspicua sunt, nihil ibi tenebrosum, nihil ibi obsistens, sed omnis illic omnibus est conspicuus intrinsecus atque per omnia. Quilibet in se habet omnia et omnia rursus in alio conspicit. Ibi sol stellæque omnes; unaquæque stella sol est et stellæ omnes. Status etiam illic nulla mutatione turbatur, non enim instabili nature miscetur. Pulchrum præterea ipsum pulchrum, quoniam non jacet in pulchro. Permanet vero qui libet, non quasi in alieno pavimento quodam, sed

Pero, oh cristiano, tus deseos son más vehementes, más divino tu cielo y más cabal su hermosura; tus palabras más llenas de esperanza y de vida; más inteligible tu Belleza y más amable tu Bien sumo. Veo ahora al Verbo del Padre, luz clara y apacible, humbre que ilustra los entendimientos, y entiendo (y esto me llena de gozo) que soy imagen de esa humbre y de esa Be-

uniuscujusque fundamentum est id ipsum quod unumquodque est. Existimandum præterea eos, qui illa vident, numquam in vidento defatigari, neque sacietate ulla unquam adduci ut videre desistant. Jam nullius vita laboriosa est quando est vita pura, quod vero optime vivit, curam laboret? Vita vero illic est sapientia, sapientia vero nullis argumentationibus comparata, quoniam semper tota fuit, nec ulla parte deficiens, nec ab alia sapientia pendens; atque ipsa ibi essentia sapientia est. (Plot. Enne. 5^a lib. 8. Ed. Firm. Didot.)

leza íntegra y simple; que algún día será mi alma espejo en que se refleje lo creado y lo increado, diamante (usaré la imagen de un cristiano) (1) que reciba todas las luces, la luz eterna de Dios y la inextinguible de los predestinados.

CRISTIANO.

Todas las almas se estremecen cuando reciben la luz de lo bello y la mente razona con más alegría y quietud. Hoy que por un resquicio has visto mi Belleza, tu alma siente estremecimientos dulcísimos, y aun cuando no sosiega tu espíritu, porque no has conocido sino una parte exigua de ella, inflama tu es-

1 Juan Pablo.

píritu, oh filósofo afortunado, y te presagia que algún día serás alumbrado por su luz aquietadora. Entonces tu entendimiento, oh idólatra de las ideas, conocerá todas las cosas bellas, y en ese mismo instante, lo que es intrínseca causa de su hermosura, la idea, se posará en tu entendimiento, se enriquecerá con todas las ideas de lo bello y será el mejor receptáculo de los números de la Belleza; contemplarás, no á la materia, sino su razón inteligible, que existe, no en ella, como creías con Plotino, sino fuera de ella, y las flores de los espíritus que son sus ideas, se unirán á las almas de los que las contemplan, con ellas cuasi se identificarán, y

como las han de contemplar todas y á un tiempo mismo, todos serán igualmente bellos é indistintos en en el orden y riquezas de su hermosura. Conocerás aquella especie que desde afuera alumbra á la materia, para que no sea invisible el último concierto de sus formas; conocerás la forma que entrelaza y unifica sus partes, la unidad que se absorbe todos los números, para que la cosa bella sea inteligible como una cosa bella; entenderás el principio de lo bello, que es Dios, su número, que es la riqueza de la idea arquétipa y la hermosura del espíritu, que es una idea del divino artífice que se trasluce en el artefacto, es decir, en nuestro cuerpo.

PLATÓNICO.

Dime ahora, cristiano, qué es lo bello en la materia?

CRISTIANO.

No sé si mis labios pronunciarán cosas verdaderas, pero aplica, como Museo cuando oía los dulces himnos de Orphee, no oídos por ningún profano, toda la virtud de tu ingenio, y sígueme en las ficciones de mi mente juvenil.

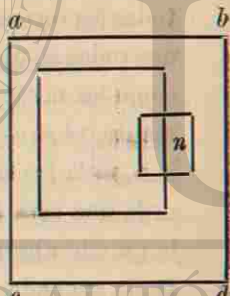
En la materia existen todas las formas bellas, pero no se perciben sino hasta que el artífice marca sus límites. Los puntos de la línea que sobre el mármol traza, se ajustan cumplidamente á los marmóreos

átomos que así estaban preordina-
dos. Todas las bellas formas de la
materia están en consonancia con
las bellas razones del espíritu, ó
más bien, las formas de la materia
responden á las formas del espí-
ritu, porque, cuando concibo una be-
lla razón, entiendo que puedo ha-
llarla en cualquiera parte de la ma-
teria, que ya la expresaba fielmen-
te millares de años antes de que yo
existiera, y entiendo asimismo,
que si actualmente no la percibo,
es porque la forma, que á la bella
idea corresponde, está entremez-
clada, por maravillosa manera, con
las otras formas, pues la materia
la contiene todas: cada fragmen-
to corpóreo comprende el Amor de

Praxíteles, la Minerva de Fidias,
la Venus de Zeuxis, porque cada
átomo es parte integral de todas
y á un tiempo mismo, y dice or-
den real á las formas allí confun-
didas por tan maravillosa manera,
que no parece sino que están com-
penetradas. ¡Oh admirable armonía
de la materia! por tí se concilian
todas las formas, por tí se confun-
den todas en un cuerpo cualquiera,
como los rayos de la luz en un dia-
mante, ni se excluyen, ni se estor-
ban, ni la fea amengua á la bella,
ni la una está fuera de la otra, ni
la grande absorviendo á la peque-
ña, la anonada, ni los mismos áto-
mos que constituyen á la bella for-
ma, dejan de ser parte formal á un

tiempo mismo de la fea, sino que cada forma está ó totalmente ó en parte dentro de otra, sin que por esto dejen de ser indistintas ó indiscernibles. Por tí la unidad de cada átomo es tan fecunda, como si fuera un número infinito de unidades, y es simultáneamente principio de unas formas y medio y fin de otras. El

cuadrado n existe en parte dentro del cuadrado d y totalmente dentro del cuadrado $a b c d$ y cuando el artífice lo adivina, por medio de la razón de su men-



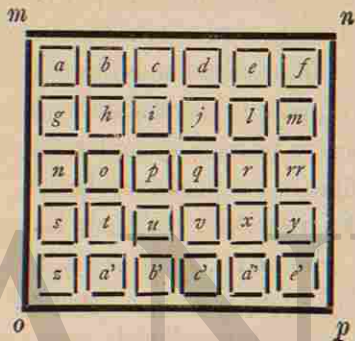
te, efórmalo, sin destruir las *actuales relaciones* que en el cuadrado existen, porque éstas subsisten en otros más pequeños semejantes. Las formas que allí existen, sacrifican su existencia en esta parte *individual* de la materia y en estas *individuales* dimensiones, para que exista el cuadrado n u otra figura cualquiera, sea bella ó deforme. Hay en la materia una cierta homogeneidad y una tan maravillosa trabazón de sus partes, que una misma forma existe en todas ellas. Si las buscas de iguales dimensiones, su número es finito, aunque el cuerpo sea grande; pero son en número infinito, si las buscas en progresión aritmética de-

creciente en un cuerpo cualquiera, sea grande ó pequeño, y hallarás la forma misma en un solo cuerpo, donde quiera que la labres, y, en virtud de su infinita infinidad, hallarás, por el mismo modo y en igual número, no sólo esta forma, sino cuantas puedas imaginar.

El mármol donde labró Miguel Ángel su Moisés, era apto para otra forma cualquiera, y allí donde eformó la arrogante cabeza, pudo haber labrado los hermosos piés, y de cada parte de su majestuoso cuerpo pudo y puede otro artífice educir innumerables formas á ésta semejantes y otras innumerables disímiles.

Aplica la atención de tu mente

á lo que voy á decirte, y lo entenderás mejor.

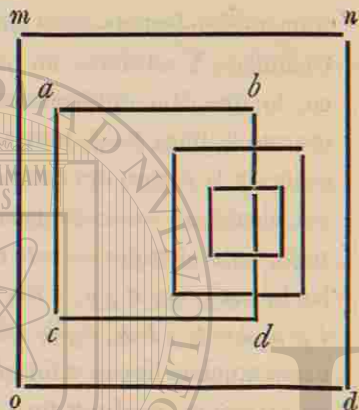


Sean los cuadrados $abcde$ etc., etc. los átomos del cuadrado $mnop$. La línea ad' está formada por los átomos $ahpv$ y son principio al tiempo mismo, no sólo en el entendimiento como podría pensarse, sino *in re* de las líneas ab, hi ,

p q, v x, d e', y son la parte media de las líneas *ch n, j p t, r v b*; y los extremos de las líneas *ch, j p, r v, y d*. Estas líneas se relacionan con las otras líneas, como unos átomos con otros, porque las relaciones de éstos son su relación ejemplar.

La línea *a b c* puede ser hallada en las relaciones reales de los átomos *g u i, d e f, j l m, n o p, z a' b', c' d' e', p q r, s t u, v x y, q r r, c d e, i j l, u v x, b' c' d', t u v*, etc., etc. Por aquí se ve, oh platónico, que, buscando formas de iguales dimensiones, es finito su número, y se manifiesta igualmente la maravillosa ley de las relaciones, por las cuales cada átomo es simultáneamente parte real de in-

numerables formas semejantes y disímiles. Y advierte, oh platónico, lo que dijo anteriormente: si eformo la línea *h i j*, ú otra cualquiera y la separo del cuerpo *m n o p*, sacrifican su existencia y perecen para siempre *en este cuerpo* las líneas *c i p, d j p, b h o, j p v, i p u, h o t, j l m, i j l, i h g*, y otras muchas líneas y formas, cuyo principio, medio y fin está en estos átomos y en las líneas que ellos forman; de aquí que nuestros sentidos no perciban sino una sola forma en cada cuerpo. Cuando marco los límites del cuadrado *a b c d* y llega á ser perceptible por mis sentidos, dejan de existir los otros cuadrados y todas las formas allí



confundidas; pero, así en el cuadrado $a b c d$, como en el fragmento restante, permanecen las mismas relaciones del cuadrado $m n o d$, por un modo invisible pero real.

Tú, oh Dios mío, eres el primer vencedor de la materia, la cual

existió, como dijo Porfirio, cuando la venciste con las formas; Tú la superaste abundantemente con la excelencia de tu arte y con tu luz irrestañable, y sólo á Tí se rindió desde el momento en que quisiste hacerla bella. Tú grabaste en la materia todas las bellas formas y en el espíritu todas las bellas razones y las hiciste concordes, por tan admirable modo, que cada bella forma de la materia responde á cada bella razón de la mente, como la línea, el círculo, la parábola á sus ecuaciones. Pero el alma que no sabe imitarte, en vano lucha con la materia, sin llegar á superarla, por que no se rinde al espíritu que, no conociendo sus bellas formas en las

bellas razones de la mente, no tiene sobre ella señorío; pero esta lid es benéfica para el espíritu que sabe imitarte, porque sale siempre victorioso. Si toma el cincel, lo mueve armónicamente al rededor de la forma que ve con los ojos espirituales, no en la materia, sino en el espejo del alma, destruye las primeras formas que, ávidas de manifestarse, aparecen y poco á poco, la vencida materia, ya no rebelde, sino sumisa, muestra la nítida forma que amorosamente escondía en su tenebroso seno. Y esta forma sensible llena de mágica virtud, derrama sobre el alma del artífice dulcísima paz, sosiega los ardientes y disímiles apetitos del espíri-

tu, y, con sólo contemplarla, renace en el alma el reposo de la primitiva naturaleza; penetrando su luz suavemente por todos los resquicios del alma oscura, se convierte en una luz espiritual y pacificadora, que alumbrá vivamente las ideas y afectos allí congregados, despierta en ellos el dormido amor de la armonía, cesan las luchas interiores del espíritu y entra espontáneamente en el goce de una contemplación purísima y tranquila. Alégrase la materia porque el artífice adivinó una de sus formas, alégrase asimismo el artífice, gloriase de su victoria, ama á su artefacto y sólo se aflige cuando piensa en la posibilidad de su destrucción.

Bendito sea el artífice que concordó las bellas razones de la mente y las bellas formas de la materia, que concilió y puso en admirable concierto el mundo de las ideas y el mundo de las formas! Bendito sea el Creador que llenó de claridad el éter purísimo de la mente é ilustró todas sus razones! Gloria infinita sea dada al Matemático eterno que creó tan admirable ecuación, que en un mundo de tinieblas escondió la expresión fidelísima de un mundo de luz. Loo y gloria al hombre que por medio del ritmo resuelve esta antítesis en un maravilloso armonismo!

En la materia están también los signos, pero su valor que es la cien-

cia, no está en la materia sino en la mente. Todas las formas de la materia tienen una virtud representativa que es, por decirlo así, meramente pasiva, porque no es sino la aptitud para recibir la información de la mente, y como el hombre, por una necesidad de su mixta naturaleza, sólo en la materia puede engendrar lo bello, era necesario que aun por lo que mira á las formas espirituales, á las que no responde ninguna forma objetiva, existiera una armonía recíproca entre el espíritu y el Universo.

PLATÓNICO.

Antes creía, oh cristiano, que existía en nuestra alma una forma

de hermosura y otra de deformidad y que los objetos nos parecían bellos ó deformes, según que con una de estas formas se coaptaban, y perseguía esta doctrina con el mismo entusiasmo que los antiguos platónicos y dos maravillosos ingenios españoles, dignos de honor y prez. Antes creía con Platón, con Máximo y con Plotino, que la materia era en sí despreciable, amaba, como Máximo, al mármol por la artística forma, y al espíritu no por lo que en sí es, sino por la idea que tiene de la primera hermosura, dotada de mente y renunciadora de *la virtud futura*. Ya no creo con Plotino que el artista haga bella á la materia por la

participación ó infusión de la especie de su mente, porque no es sino el descubridor de sus latentes formas. Tu doctrina explica mejor que otra ninguna la inconsciencia que Platón buscaba en los rapsodas y la fresca espontaneidad y virtud intuitiva de los grandes artistas. Ahora entiendo que es mayor la riqueza arcana de las formas escondidas en el seno de la materia que las que contemplamos en su superficie; que hay más formas invisibles en un pequeño fragmento de mármol, que en toda la parte visible no sólo del mundo, sino de todos los mundos y de todos los soles. Ya no creo en fin con Marsilio Ficino, que, despojando á la materia

de sus formas pueda hallarse la pura idea. Tu sistema es el más bello de todos los sistemas, concuerda á Aristóteles con Platón y une estrechamente el mundo ideal y el mundo real; porque según tus palabras anteriores, la forma en su mundo corpóreo expresa á la razón ó idea de la mente y la idea ó razón de la mente expresa en el suyo incorpóreo á la forma.

Fuerza es que olvide una buena parte de los diálogos del Phedro y del Simposio, si he de seguir los vuelos de tu alma. Ya no creo que nuestras ideas sean residuos de óptimas contemplaciones, ni reminiscencias de la ciencia eterna aprendida en su mismo ejemplar; ya no

despreciaré á la pobre materia, pues veo que por el número prodigioso de sus formas es un vestigio de aquella otra que, según el más admirable de los filósofos de Tiro, no puede ser mirada con ojos corporales, ni con humanas palabras expresada. Olvidaré aquellas doctrinas que antes veía como simulacro de la ciencia altísima que nutría según Platón, la mente inmaculada de los dioses y de los afortunados que le seguían.

Hubo un tiempo en que sufría mi espíritu al leer estas palabras del divino filósofo: "Muy pocos son los que conservan alguna memoria de las contemplaciones de la ciencia verdadera, pero los que conser-

van algunos recuerdos, en viendo alguna semejanza de lo que allí contemplaron, quedan estupefactos y fuera de sí mismos, mas no saben qué cosa sea este enajenamiento, porque no lo sienten cabalmente; ni contemplamos el esplendor de la justicia, de la templanza y de las demás virtudes preciosas y caras á las almas, en las imágenes que aquí vemos: son muy pocos los que apenas por medio de obscurísimos instrumentos, acercándose á estas imágenes, perciben la naturaleza de lo que representan: éranos entonces leito contemplar la hermosura nítida, cuando con aquel coro dichosísimo que Júpiter guaba, seguíamos la celeste visión y con-

templación." (1) Sufría porque veía á mi pobre alma antes partícipe de tan dichosa suerte, tráfuga ahora y arrojada en este cuerpo, por causa del cual pensaba que se obscurecían aquellas razones eternas, aquellas celestiales memorias; pero ahora, mientras alcanzo la comprensión y posesión de tu Belleza,

1. Quamobrem pauci restant quibus satis memoriae supersit, hi vero quando hic similitudinem aliquam eorumque illic sunt intuentur, obstepescunt et non amplius sui compotes manent: quae tamen haec affectio sit ignorant, quia non satis omnino persentiunt; justitiae quidem et temperantiae et aliorum quaecumque animis pretiosa sunt, splendorem nullum in imaginibus, quae hic sunt cernimus, sed per obscura instrumenta vix et per pauci ad eorum imagines accedentes ejus quod representatur genus adspiciunt: at pulchritudinem tunc licebat videre nitidam, quando cum beato illo choro felicem visionem contemplationemque sequuti.... etc., etc. (Phedro, pág. 715. Ed. de F. Didot.)

infinitamente superior á la del Phe-
dro y del Symposio, haré porque mi
alma viva en concordia con mi
cuerpo y serenaré las tempestades
que se susciten y me pacificaré in-
teriormente, contemplando las ra-
zones bellas de mi alma, mandando
á mis ojos, á mis oídos, á mis ma-
nos y á mi lengua, que las busquen
en la materia, y por este orden pro-
duciremos juntamente lo bello has-
ta que llegue el día en que sólo mi
alma contemple aquella Hermosura
que no es creada, ni hallada por
humanos esfuerzos, ya sean razo-
namientos, ya labores corpóreas:
Belleza invisible á ojos carnales,
que no puede ser oída con los oídos
del cuerpo, ni palpada con sus ma-

nos. Hoy mi alma no puede volar,
pero está, *como el ave que desdeña
la tierra, mirando al cielo*, donde
existe el Ente eterno, uno, purísi-
mo y hermosísimo, luz de luces, que
como dijo Porfirio, es mente y es-
píritu, armonía y número. Tengo
en mí mismo, me pertenecen quizá,
más que mi cuerpo mortal, las ra-
zones de lo bello y sé que están
escondidas en mi alma, como las
formas en la materia, dime cristia-
no que haré, para que estas razo-
nes estén bañadas por una luz in-
deficiente, ¿que haré para que mis
manos, muevan artísticamente el
duro acero que labra el mármol, pa-
ra que la luz del sol llegue á alum-
brar las formas existentes en un

mundo que tú has llamado con los antiguos, de tinieblas? No veo ni el ritmo, ni la luz; mi alma es tan tenebrosa, como la materia; porque no siento el soplo de la celeste Musa, ni el enajenamiento de los poetas líricos y de los corybantes, en percibiendo la armonía y el ritmo, por qué no hiere á mi alma el dios concitador que movía á los bacantes, para que, poseídas de divino furor y fuera de sí mismas, sacaran de los ríos leche y miel? por qué en fin, no puedo beber la dulce miel que rebosa en las fuentes perennes de mi alma, verdadero jardín y vergel de las Musas? Ningún mortal hallará lo bello, si no brilla en el espíritu su luz purí-

sima, y menos lo hallará, si no hay armonía entre el alma y el cuerpo; porque, de qué sirve que inunde su mente la luz eterna que la hermosura irradia, si el cuerpo rebelde no busca fuera de sí su fiel expresión: de qué sirve que esta mónada tenga una representación del Universo, como creo contigo y con Leibnitz, si los miembros del cuerpo, desligados de la mente, son incapaces para hallar las formas preciosísimas que por modo ideal y meramente inteligible existen en las almas?

CRISTIANO.

Así como según Plotino sólo el filósofo puede entrar en la patria

005682

de los espíritus, asimismo sólo el artista puede habitar en el paraíso delicioso de las formas. Si no has nacido artista te está vedado entrar en esta ciudad empírea, dulce patria de algunos espíritus predestinados; llora el descónierto de tu naturaleza; ten compasión de tu espíritu, de ese mago solitario que, para engendrar lo bello, donde quiera que sea, ha menester de un cuerpo que casi siempre es rebelde y, como el matemático que en una ecuación estudia las propiedades de las curvas, sin que las vea sensiblemente, contempla las razones de tu mente y en ellas las formas de la materia, ya que no pueden existir fuera de tí, ni por

tí grabadas con envidiable inmortalidad. Algún día quizá un artífice afortunado vea en el fondo de su alma las mismas razones que tú contemplas y las busque en la materia: entonces tus bellas razones, fuera de tí expresadas fielmente, vivirán por millares de siglos y las contemplarán todos los ojos mortales.

La luz, la sinfonía, la serenidad del aire, la quietud y silencio de los séres, la contemplación de los mundos lucíferos, despiertan las adormecidas ideas y hacen que el hombre sienta vivamente la indestructible armonía que existe entre la naturaleza y el espíritu y que renazca su mutuo amor. Como por

los ojos no entran sino los rayos de la luz, cuando contemples la bella naturaleza, que es la más cabal semejanza de tu *yo*, serán el espejo en que se reflejarán todas las bellas formas en luz purísima convertidas. Y así como en el sosegado mar se reproducen el cielo azul y las innumerables estrellas, con tal fidelidad que en él podría estudiar, por largos siglos, el más sabio de los astrónomos, así en tus ojos se refleja la bella naturaleza y te envía sus primores en los rayos de su luz; tú bien entiendes que no podrían caber en un mar y en unos ojos tan pequeños los inmensos mundos que sobre ellos giran, si así en el mar, como en tus ojos, no exis-

tieran los seres, formados por líneas de luz. La sinfonía es la voz de la naturaleza y qué voz puede haber más dulce, para el que la entiende? es la voz de la materia que halla un eco maravilloso en el alma; por esto vibran al unísono con ella los afectos y producen un espiritual acorde, cuyas notas son los deseos de contemplación y de amor. El aire es la morada de la luz y del ritmo; la quietud y silencio de los seres, las estrellas inmóviles alejan las memorias tristes y nos sacan de este mundo, para transportarnos á otro, donde todo es reposo, serenidad, armonía, silencio y claridad. No despreciéis la luz, que para ella fueron hechos tus ojos, ni la

sinfonía, ni todo aquello que pacifica y afina al espíritu, porque como dijo el incomparable Pascal, sólo en el reposo es feliz el hombre y su amor y tendencia inextinguible y secreta á él es la única reliquia de su ser primitivo. Deja que brille en tu espíritu no otra luz que la luz de lo bello; cierra los ojos y los oídos, para que los rayos y las voces de lo feo no entren hasta allí y verás que ni pensamientos tristes afligen, ni los afectos se desconciertan, ni se extinguen los dulces acordes del alma, ni se envidia la suerte de otro mortal, cualquiera que él sea, ni en nada se piensa, que no sea en producir lo bello.

A ningún gozo puede compararse

aquel que siente el hombre que, en presencia de lo bello, tiene sus sentidos despiertos; contempla la naturaleza, si en tí no sientes arder el sacro fuego de la hermosura y del amor; contéplala á menudo y no desistas ni por un momento de contemplarla y si, á pesar de esto, tus miembros no obedecen á la mente, dile con las más tristes palabras de tu maravillosa lengua que no naciste para engendrar lo bello; aplícate á su contemplación y no olvides estas palabras del admirable intérprete de Plotino. "En vano indagará alguien la belleza, si no hace hermosa su alma, por la conversión al divino entendimiento; el que esto logra, en viendo la

hermosura su alma, verá en seguida otra superior, porque la primera hermosura es la plenitud del entendimiento." (1) Por este medio oh platónico, contemplando simultáneamente el espíritu y la naturaleza serás filósofo y profundo conocedor de lo bello; derramarás la copia de tus razones en la filosofía, ciencia más pura que todas las ciencias y todas las artes, como lo hicieron Sócrates, Platón, Máximo de Tiro, Plotino, Porphyrio, Jámblico, y, siendo así, qué importa que tu mano sea rebelde y torpe?

Más admirable es ciertamente y más deseable definir lo bello, que

¹ Plotin. Ennead. De Inteligibili. Pulchrit. Interpret. de Marsil. Ficin.

labrar una estatua y más apetecible conocer la inteligible hermosura de las formas de la materia, que educir una de ellas. No quisieras ser más bien Plotino que Praxíteles? Educa tu espíritu, para que perciba lo bello, donde quiera que exista, y, en viéndolo, quede enajenado y embriagado con sus propias emociones y afectos; ejercítalo en las bellas doctrinas, enriquecelo con todas las disciplinas, para que algún día contemple con más claridad que todos los filósofos y todos los artistas que han existido hasta aquí, la unidad de lo bello, fin de todas las labores, de todos los deseos, de todas las contemplaciones y de todos los afanes de esta

vida mortal. Si algún hombre pudiera llegar á ser el más admirable y perfecto de los artistas, el que esto alcanzara, lo sería ciertamente.

Las hermosuras inferiores (pulchra inferiora), como llamó San Agustín en el admirable libro de sus Confesiones, á los hermosos cuerpos, nunca fueron por mí despreciadas, pero cuán en menos las tendría, si llegara á entender, no lo bello que en las formas existe, sino lo bello que sólo la mente puede percibir y que no puede ser hallado, ni representado en la materia por los más puros signos, sean los que fueren. El alma del artista ó filósofo así purificada, viviría en un cielo interior en el cual contemplaría to-

do: la naturaleza le parecería muda, en oyendo la voz de su espíritu y contemplaría en formas espirituales las sensibles formas que existen más allá de la superficie de la materia. De qué te servirían entonces los sentidos, platónico, si pudieras ver en tu propia alma y en la sola forma de su inteligibilidad, todo lo que en la materia es bello? Un matemático no necesita ver figurado el círculo; traduce en abstractas formas sus propiedades y en ellas contempla su esencia en toda su pureza, sus relaciones y su hermosura misma: la ecuación del círculo es el círculo mismo, pero en su propia inteligibilidad resuelto y no se distingue el uno del otro,

sino en que el primero es perceptible por los sentidos y el segundo por el entendimiento. Si alcanzas las alturas de mi optimismo, verías por un modo semejante al matemático, la belleza de la materia en la forma inteligible que en tí preexiste y quién sabe si, ya constituido en este altísimo estado, despreciarías y tendrías en poco la forma misma, en cuanto que es objeto de tus sentidos. Verías no sólo esta belleza, sino aquella otra que, ni las humanas palabras, ni las mismas innatas formas del espíritu, sea cual fuere el modo porque se combinen, pueden expresar y este mundo mortal te parecería más hermoso que el paraíso

de los dioses descrito por Platón y Plotino, y, con más razón que el filósofo de Lycópolis, podrías decir: Todas las cosas son aquí cielo, la tierra es cielo y son cielo los animales, las plantas, los hombres y todo en fin lo de aquí es celeste; todo como el dios más encumbreado, lo contemplarías, con mente tranquila, permanente y pura y conocerías, no lo humano que hay en tí, sino lo divino que en tí se refleja."

Vive en asidua contemplación de lo bello, admíralo con todo el poder de tu alma, ya sea en el mármol ó en el oro ó el marfil, ó en las letras, porque lo bello, donde quiera que exista, es rico de virtud pa-

eficadora; admira la forma, porque en sí misma y por sí misma es bella; alégrate con la alegre naturaleza y piensa que Dios te dió los sentidos, para que por ellos penetres su luz. Por su medio conocerás el mundo exterior de tu espíritu, al cual dice la misma relación que las figuras al libro en que están escritas sus inteligibles expresiones.

PLATÓNICO.

Ahora veo en mi alma la luz de las ideas, como en el firmamento con los corporales ojos la luz del sol y entiendo que así como la luz vivifica los cuerpos y hace realzar, por su esplendor mismo, sus más

bellas propiedades, así la luz de las ideas hace visible la hermosura de las almas, su espiritual forma y las *extollit ad coelestem cognationem* (1) Cuán hermosa es así el alma desde su principio! La veo desde el primer día de su creación, llena de razones concordantes, multiformes, conciliables por infinitos modos, veo sus ideas claras, distintas, asentadas en ella, como en un pavimento limpio, terso y lleno de lustre, veo, como se coaptan con los objetos, qué orden admirable y qué relación les dicen. ¡Oh ingenio admirable aquel que, no pudiendo nutrirse con los razonamientos de Xenóphanes, Thales y Pythágoras,

1 Frase de Platón. Timeo.

busca dentro de su alma el origen de sus ideas y hállalas, tan resplandecientes y vivas (así lo entendía) como aquellas de que son reflejo y reproducción y las ve como el mejor ornamento de su alma, como semillas de la eternidad, según la bella frase de Scalígero y anteriores á la imagen móvil de la eternidad que se dirige al eterno número'' (1) ¡Ah si conociéramos la riqueza de nuestras almas, si penetráramos en el seno de sus tesoros y pudiéramos numerarlos y contemplarlos por su orden!

Ven, alma, más bella que el verbo de un angel, más fuerte y más potente que la resultante de todas

¹ Definición del Tiempo, Platón. (Timeo).

las fuerzas del Universo aplicadas á un punto; entra en tí misma, contempla tu esencia, mide tu pujanza; no dejes (te diré aquello que decía Orphee al hijo de la lucífera luna) que pensamientos anteriores te priven de la cara vida; aplica en esta contemplación todo el poder de tu ingenio, entra bien en el camino y contempla á la reina del mundo. Entonces amarás este tabernáculo de las ideas, como lo amaron Platón y Plotino, Malebranche y Fenelón.

En tus palabras se trasluce un sistema ideológico más puro y conciliador que los de todos los ontólogos y entiendo ahora, mejor que antes, cuando era idólatra de los

sueños de Platón, que mi alma es una forma purísima que precontiene las ideas, como un inmenso círculo millares de círculos concéntricos, una morada de lo divino, substancia cuasi deiforme, incorruptible y libérrima; rica por la muchedumbre de sus ideas y por la abundancia de su hermosura; insaciable en el amar, inagotable en el entender; esencia modelada por un ejemplar perfectísimo; luz que no se apaga, flor que no se marchita, vida que no mengua, ni muere; gloria de su Creador y objeto de su munificencia.

Qué cosa fuera el mundo sin tí, sin tu luz, sin tu movimiento, sin tu vida? Desierto, yermo solita-

rio, morada del olvido, palacio sin habitantes, taller sin artista. De tí, oh mónada divina, puede decirse lo que del Universo dijo Platón. "Vió el padre que el mundo por él creado tenía en sí movimiento y vida y se alegró, y, movido por esta alegría, pensó hacerlo más semejante al ejemplar (1).

Buscaré, oh cristiano, en mi alma lo bello, ya que ni mis manos, ni mis ojos pueden hallarlo en la materia. Si todas sus formas existen espiritualmente en mi alma, qué más puedo desear? Las engendraré en mí mismo y uno mismo serán el artífice y el artefacto y al contemplarme, podré decir: Todas las ideas

¹ Timeo.

de mi alma mezclan sus luces, para que no se vea sino una sola luz; la de lo bello, todos sus gérmenes, para que no florezca sino una sola idea; la de lo bello, nada hay en mí que no sea uniformemente bello por doquiera, que no apacigüe mi ánimo; lo bello en mí existente riquísimo, por el número de su participabilidad, lo intangible, lo sereno, lo simple de su ser purísimo adormecen toda virtud sensible y ya no veo, ni oigo, ni pienso que exista nada á mi alrededor; toda mi vida se concentra en el espíritu, y no puedo dejar pasar un instante de esta contemplación, que no sea en avivar el goce de este dulcísimo enajenamiento. ¡Cuán feliz,

es, oh cristiano, el que al sentir estas suaves emociones entiende que su vida es inextinguible! ¡Cuán desgraciado fuera, si, al contemplar estas maravillosas ideas, pensara que no era inmortal!

Esta belleza, que es al mismo tiempo bondad, despertará al amor, esto es, á la virtud que concuerda las dos naturalezas discordes del *microcosmos*, entrelaza sus partes y enciende la llama del entusiasmo y del deseo, la cual, lejos de consumir, da dulce expansión al espíritu, para que los afectos todos, concordés, conspirando á un mismo fin, se dilaten dentro de él; la virtud que por manera casi divina los tjempla y uniforma

y los eleva á un orden nobilísimo. Este amor celeste snavizará mi espíritu con sus caricias juveniles; lo llevará á las fuentes del goce purísimo, y nutrirá el deseo de la inmortalidad y de la perpetua frescura de la juventud y del Bien mismo, indistinto de la belleza misma. *Pereat ille nugator*, diré con Prodrómo, que en la lid y no en la innata ley de la armonía, buscaba el armonismo universal y sea toda ley de amor, como quieren Eryximaco, Agathón, Himerio y Prodrómo. Todo en mí será hermosura y bondad y todos mis actos de contemplación y de amor. Dichoso tú, oh cristiano, cuyo corazón late, hace cinco lustros,

vivificado por una alma cristiana, mil y mil veces dichoso tú que en esta edad envidiable aspiras ya por subir al último grado de una iniciación de amor más verdadera y provechosa que aquella otra, por cuya asección gasté vanamente los días juveniles!

CRISTIANO.

Fuerza es que de un salto y no por los grados que señaló la fatídica Diótima, llegues á la cumbre de lo bello, porque es inútil tarea, amar gradualmente los hermosos cuerpos y las hermosas almas, pues sólo la contemplación conduce hasta allí. Contempla sin intermisión y la bondad, que en lo bello existe,

irá encendiendo y nutriendo la llama del amor. Y cuando tu mente perciba en toda su plenitud la belleza de tu espíritu, y con aquella claridad vedada, hasta ahora á todo mortal, tu corazón será una morada florida, donde posarán todos los amores.

Sea el círculo *a* el sujeto que ama y los círculos concéntricos las



ondas amorosas que forman los radios del amor; supón que en las líneas *lu*, *mo*, *ol*, *mu*, están todos los objetos amables y en ellos los límites objetivos del amor: cuando el sujeto *a* llega á amarlos todos, todas las ondas amorosas retornarán al centro *a* y allí se confundirán, porque las líneas de lo amable son el obstáculo que las hará retornar por el mismo modo que al dilatarse tenían. Y así, cuando alguien ama quiere ser amado, y, cuando esto alcanza, su amor vuelve transformado en el amor del amado, es decir, vuelve la onda amorosa al propio sujeto; y así como fuera contra las leyes de la acústica que las ondas sonoras no retornaran

cuando hay algun obstáculo, así es contra las leyes del amor que el afecto amatorio, no retorne al propio sujeto, transformado en el amor del amado, que es el obstáculo con que chocan las ondas amorosas.

Cuando estés constituido con otros muchos seres felicísimos en el centro del cuadrado del amor, circundado por las líneas infinitas de lo amable, serás un rico amante y tu corazón un cielo donde brillarán todos los aligeros amores, girarán todos al rededor de tí y serás uno de sus centros. ¿Qué dicha tan regalada será amarlo todo y ser por todos amado, allí donde todo sér es amante y amable! Aquí, oh filósofo, las flores pierden su her-

mosura gentil, las almas sus esperanzas, el sol su lumbre; aquí la perla olvida á la ondeante mar, el lirio el valle solitario, el alma su amor primero, pero allí, paraíso de eternas memorias, nada se pierde, ni nada se obscurece, ni nada se olvida: allí ninguna onda de tu inmarcesible amor, dejará de retornar á tí transfigurada, ni ninguna volverá, que no sea, para acrecer el número de tus dichas: el eter purísimo y sutil, te traerá en sus ondas todo lo que sea luz, sinfonía y amor y confundidos en armónica, indestructible é invariable unidad estarán siempre presentes á tí y cuasi compenetrados con tu misma alma, que gozosa girará en medio

de la luz abundantísima que efundirá de sí misma. Conocerás al Bien mismo por el cual tantos años suspiraste y lo amarás (y este será el mayor de tus gozos), sin temor de que el amante deje de serlo algún día, ó de que el amor se extinga: Este amor de subido á inestimable precio te arrimará al Verbo mismo, á la hermosura que vanamente buscaste en los discursos de los teósofos y en las doctrinas de los sabios y te unirá, sin que medie distancia alguna, sea cual fuere, á ese Ente que, según el más poderoso y audaz de los ontólogos, es el lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos.

Allí verás, oh artefacto á tu ar-

tífice, oh alma á tu idea ejemplar; allí la contemplarás, con infinito gozo y arderás perennemente en amor de ella. Qué desfallecimientos, qué deliquios sentirás al ver intuitivamente á esa idea, causa ejemplar tuya! No crees que tu gozo será mayor que todos los anteriores y mayor aún que aquel que sentiste, cuando por vez primera contemplaste las formas juveniles de tu cuerpo en la sosegada fuente; no crees que en el enajenamiento del amor, al contemplar de súbito la eterna idea, sentirás ser una sola cosa con la idea misma. ¿No piensas que la Minerva de Fidias, si pudiera ver su ejemplar en la mente del artífice, creería en el

primer momento de la súbita visión que idea y forma eran en ella una misma cosa? Tú, cuyo artifice, ideal y forma, son más nobles que los de aquel mármol deiforme, con cuanto mayor gozo, sentirás (dulce engaño!) la plenitud de esta suprema identificación. Así como el árbol que crece junto al manso arroyuelo, creería, si Dios lo dotara por un instante de inteligencia, que la imagen suya dibujada en la cristalina linfa, tan fielmente que no echaría de menos ni una sola de sus hojas, ni las gotas de rocío, era el árbol mismo, y no un simulacro; así tú, cuando veas tu idea, donde contemplarás todo lo que hay en tí, pensarás quizá, que

te contemplas á tí mismo, pues nada verás en tí, que no veas en ella si exceptúas las deficiencias formales de tu alma que la empañaron en días preteritos.

Feliz mil veces, alma entonces rica de verdades y abastada por tu amante de todos los bienes; espíritu colmado de felicidad y de hermosura; luz, estrella mística del mundo incorpóreo; forma inmaculada, trasparente, para todos visible, para todos digna de contemplación y de amor; unidad y número, esplendor y armonía; esencia á la vez uniforme y á la vez multiforme; *philarito* verdadero y dichosísimo; mar tranquilo en el cual se reflejarán los místicos soles, en

cuya superficie podrá contemplar cualquiera en los eternos días, la supraceleste espiritual mecánica, las fuerzas vivas, perennes, ordenadas conforme á las innatas leyes de un amor inextinguible, pacífico y no *tedífero*, avasallador, rico, idólatra de la concordia y de la paz: flor de aquel jardín, como la rosa de la canción griega, *rubor de aquellos prados, ojo de aquellas flores, ornamento del paraiso, esplendor de sus plantas*: exhaladora de suaves afectos, excitadora de todas las ondas de amor y de luz, imagen y espejo, luz y diamante, ritmo y contento, lira y melodía.

FIN DEL CANTO.

II

Cuántas son las causas del amor irresistible que tenemos al yo? Innumerables, pero son estas las principales: amamos al yo, 1º porque es la cosa que más nos pertenece: 2º porque es el primer bien que conocimos y el objeto de nuestro primer amor; 3º porque es el único bien que no está fuera de nosotros y la única prenda que nadie pueda arrebatarnos, 4º porque en el yo es donde se realiza y resplandece más vivamente la excelencia y perfección del amor, que es la identificación del amante y del amado: 5º porque el amor á lo

cuya superficie podrá contemplar cualquiera en los eternos días, la supraceleste espiritual mecánica, las fuerzas vivas, perennes, ordenadas conforme á las innatas leyes de un amor inextinguible, pacífico y no *tedífero*, avasallador, rico, idólatra de la concordia y de la paz: flor de aquel jardín, como la rosa de la canción griega, *rubor de aquellos prados, ojo de aquellas flores, ornamento del paraiso, esplendor de sus plantas*: exhaladora de suaves afectos, excitadora de todas las ondas de amor y de luz, imagen y espejo, luz y diamante, ritmo y contento, lira y melodía.

FIN DEL CANTO.

II

Cuántas son las causas del amor irresistible que tenemos al yo? Innumerables, pero son estas las principales: amamos al yo, 1º porque es la cosa que más nos pertenece: 2º porque es el primer bien que conocimos y el objeto de nuestro primer amor; 3º porque es el único bien que no está fuera de nosotros y la única prenda que nadie pueda arrebatarnos, 4º porque en el yo es donde se realiza y resplandece más vivamente la excelencia y perfección del amor, que es la identificación del amante y del amado: 5º porque el amor á lo

que existe fuera de nosotros no es sino un reflejo del propio amor y una verdadera emanación del amado yo; de aquí nace ese amor de predilección que tenemos á los que son más semejantes á nosotros, porque nuestro amor se refleja en ellos, como en otro yo: 6º porque es el único amante que no puede sernos infiel; 7º porque es el amigo que más anhelo muestra por contentarnos, aunque sea, por esto mismo, el que más nos aflige 8º porque es el que nos ama con más desinterés.

III

El amor que menos contenta al yo, es el amor del yo.

IV

Si echa el hombre una mirada sobre su espíritu, ve que es una capacidad ilimitada, pero vacía; si echa una mirada sobre su cuerpo, ve que por doquiera tiene límites.

V

Si contempla el hombre por algunos instantes su cuerpo, se admirará de que le pertenezca una cosa que tan poco conoce.

VI

El hombre es de suyo tan pobre y tan miserable, que necesita de las cosas exteriores, ruines y bajas, para poder llamarse rico y poderoso.

VII

El alma desea, durante el enajenamiento augusto que el amor produce, ser una sola cosa con el objeto amado, porque le affige el pensar que un bien tan caro esté fuera de ella; pero si se realizara esta loca aspiración, le sería el objeto tan insoportable, como lo es ahora el tan amado yo.

VIII

El alma es una pobre cautiva enamorada de su cárcel.

IX

El hombre de hoy no se acuer-

da de todo lo que pensó ayer, ni sabe lo que pensará mañana.

X

Sabeis cuál es el mayor enemigo del orgullo? No es la humildad, sino el orgullo mismo: nadie aborrece tanto al orgulloso Juan, como el orgulloso Pedro.

XI

Ninguno de los seres de este mundo es objeto de tanto amor y de tanto aborrecimiento, para el hombre, como el hombre.

XII

El amor es la traslación del yo

á un objeto, por el cual hacemos lo que por el yo hacemos.

XIII

Cuando amamos, parece que nos olvidamos del yo, pero es porque no vemos al *yo* en el *yo*, sino en el *no yo*, es decir, en el objeto amado.

XIV

El odio es la infinita distancia que media entre dos *goes* y el amor es el acto, por el cual dos seres truecan su *yo*.

XV

Todos los hombres aman á su yo, pero ninguno quiere amarlo en el *yo*, sino en el *no yo*.

XVI

Quisiera el hombre que los instantes de la felicidad pasada y los de la futura que espera, fueran presentes: esto manifiesta la tendencia á la eternidad que es *tota simul et perfecta possessio*.

XVII

Los bienes de la tierra nos parecen más amables, cuando no los poseemos, que cuando los poseemos: puede haber prueba más cierta de que no nacimos para ellos?

XVIII

La vida parece breve, si goza-

mos, larga si sufrimos: ambas cosas nos afligen y son irremediables.

XIX

El hombre es muy desgraciado, porque es mayor su impotencia que su ambición.

XX

Si cuenta el hombre los momentos de su vida, parecele larga y fastidiosa, si no los cuenta, le parece que se desliza con una brevedad que le affige.

XXI

El hombre sólo por medio de los sentidos percibe su cuerpo y lo percibe por el mismo modo que los

otros cuerpos, que no son el suyo; de aquí es que, cuando veo mis manos, pareceme que existen fuera de mí.

XXII

El hombre ha transformado la superficie de la tierra, pero es tan mezquina su obra, que no se percibe á una centena de leguas.

XXIII

Aunque estamos rodeados por innumerables cuerpos, nuestro espíritu está en el vacío.

XXIV

La mayor desgracia es amar lo

que no puede ser nuestro, esto es,
lo que no puede amarnos.

XXV

Para el calor, el sonido, la luz y
el amor vale este teorema: el ángu-
lo de incidencia es igual al ángulo
de reflexión.

XXVI

En la materia tiene el hombre
los elementos para formar lo be-
llo y los reúne, por medio de la in-
nata síntesis estética.

XXVII

La tristeza es una planta que
roba al alma todo su jugo.

XXVIII

El hombre es un monstruo de
contradicciones: ama lo recto y se
acuesta á lo torcido; busca ince-
santemente la verdad, como el lu-
gar de su reposo y se encamina
hacia el error; lugar de horrible
agitación; le espanta el absurdo y
lo abraza con amor; un apetito lo
eleva hacia lo grande, otro lo arras-
tra hacia lo pequeño; un instinto
de inmortalidad lo arrima á lo in-
mutable y eterno, otro instinto de
muerte lo inclina á lo caduco y tor-
nadizo; quiere que todo le conten-
te, y, como nada le contenta, todo
le aflige; aprende las ciencias y
queda con las mismas incertidum-

bres que el ignorante; adquiere mil tesoros, mil honores y mil lauros y le afligen las mismas miserias y dolores que afligen á un labrador infeliz.

XXIX

El orgullo ha hecho miserable al hombre y le hace creer al mismo tiempo que es grande.

XXX

Estamos plenamente convencidos de que los hombres no despreciarán las vanas cosas del mundo, aunque conozcan suficientemente su vanidad, porque en esto trabaja más la degenerada naturaleza, que la recta razón.

XXXI

Cuando el hombre desea, busca ardientemente la calma de su deseo, espera que esta sea la engendradora de su contento y sosiego, y, cuando la ha alcanzado, no se contenta, sufre con esa calma y con ese sosiego y torna nuevamente á desear.

XXXII

Cuando las criaturas entonan á Dios su cántico, se oye una voz que disuena: es la voz del hombre.

XXXIII

Los hombres agradecen mucho el primer beneficio, aunque sea pe-

queño y agradecen menos los siguientes, aunque sean mayores.

XXXIV

El hombre tiene un invencible amor á lo infinito, pero, como fué grande su caída, ama lo infinitamente pequeño: esta es la razón por que busca continuamente lo infinito, y lo finito lo grande y lo pequeño.

XXXV

La partícula más pequeña de nuestro cuerpo está en inmediato contacto con la materia exterior, pero el alma es una mónada solitaria, que sólo por un resquicio percibe lo que existe á su alrededor.

XXXVI

El deseo es el nuncio de nuestra felicidad y sólo sirve para nuestro tormento.

XXXVII

En la mayor parte de los hombres está sano el cuerpo y enferma el alma.

XXXVIII

Cada idea arquetipa es perfectísima, por su ilimitada fecundidad; porque, siendo una, se realiza tantas veces, cuantas quiere el divino artífice.

XXXIX

Todos los seres salen de un sér

y, si no fuera por la conservación positiva, tornarían á existir idealmente en la primitiva unidad.

XL

En saliendo los seres fuera de su idea, son distintos de la idea, pero por esto mismo apetecen la reversión á su causa, lo cual impide Dios con un acto positivo de su voluntad que es *continuata rei productio*.

XLI

Dios es el principio real del número y la virtud del posible.

XLII

La perfección del Uno consiste

en su omnímota unidad, que es imparticipable.

XLIII

Cuando realizamos un deseo, no hallamos el contento y gozo que buscamos, porque ó nace otro más vehemente, ó viene el tedio.

XLIV

Nuestros dolores tienen la misma continuidad del tiempo.

XLV

El único animal, á quien el dolor hace derramar lágrimas es el hombre.

XLVI

Ya que mi alma no puede ir á
tí, oh Dios mío! irá mi pensamien-
to: vuela pensamiento mío hacia
aquel lugar, *quo domino non li-
cet ire tuo.*

XLVII

Sin nuestra voluntad nacemos y
sin nuestra voluntad morimos.

LXVIII

Vivir con los hombres y vivir sin
ellos, causa equivalentes dolores.

XLIX

El más infeliz de los hombres
ama su pobre yo con un amor ine-
fable.

L

El hombre no es enteramente
libre, porque su cuerpo padece vio-
lencia.

LI

Casi todo lo que puede decirse
del hombre es desconsolador.

LII

Todas las substancias derraman
su sér; el alma sus ideas y el cuer-
po sus partículas.

LIII

Casi todo lo olvidan los hombres,
menos las injurias; mintió Ciceron,
cuando dijo al vencedor Cesar:

oblivisci nihil soles nisi injurias.

LIV

Fichte fué un hombre de acérrimo ingenio; ningún maestro le satisfizo, incluso el mismo Kant; estudió el yo toda su vida y fué el hombre que menos entendió al yo.

LV

Todos los hombres tienen un número igual de miserias; sólo que los cuerdos las encubren y los necios las ponen de relieve.

LVI

Una buena parte de los hombres teme desagradar á sus semejantes,

no por compasión, ni por amor, sino por no sufrir la vergüenza de ser la causa de sus sufrimientos.

LVII

El malvado se ama á sí mismo, pero con pesar, porque sabe que ama á un monstruo aborrecible.

LVIII

En el alma se reflejan los espíritus, como en un espejo los cuerpos.

LIX

Sto. Tomás tuvo un talento sutil y profundo, pero (diré lo que dijo Eunapio cuando comparó á

Ædesio con Jámblico) le faltó el instinto divino de S. Agustín.

LX

Sabeis porqué sufre tanto nuestra alma? Porque está sola en una cárcel.

LXI

El alma ve con placer y sosiego los vestigios de su vida, por esto, nos son tan gratos los recuerdos, pero con inquietud y dolor ve los momentos presentes y espera los futuros.

LXII

El alma tiene sed de arcanos.

porque siempre está, como si no hubiera hallado la verdad.

LXIII

Cada hombre se ama á sí mismo, más que á los demás, pero no se contenta con este inmenso amor ni con este objeto tan mezquino y busca algo amable y algo que lo ame á su alrededor.

LXIII

Cuando el hombre es víctima de sus excelencias, rara vez se acuerda de sus miserias y cuando es víctima de sus miserias, rara vez se acuerda de sus excelencias; de aquí es que vemos en el mundo dos ma-

les irremediables: la sensualidad y el orgullo.

LXV

Siempre vereis correr al hombre tras de la dicha y al dolor tras del hombre.

LXVI

Si vierais á un hombre pobre, sin casa, ni vestidos, despreciado y lleno de miserias, que os dijese que era feliz, que nada deseaba, que su corazón estaba sereno y sin luchas, que tenía conciencia cabal de su dichosa suerte y que estaba dispuesto á cambiarse por el más infeliz de los ricos, estoy seguro, oh mortales, que ninguno aceptaría

este trueque; así somos de necios: justo es que cuando busquemos la felicidad hallemos una quimera.

LXVII

Todo lo que hay en la naturaleza nos trae un bien y un mal: la nube, que riega los nutridores campos, arroja el rayo matador; el fuego que nos calienta, nos abrasa; la ciencia que nutre nuestras almas, derrama sobre ellas la semilla de la duda; la rama que nos cobija, amenaza desprenderse; los hombres que nos consuelan, nos afligen, el yo que tanto nos ama, nos atormenta.

LXVIII

El alma ama con predilección á

su cuerpo porque es obra suya: ella le da el ser, lo vivifica y anima y lo coloca en altísimo género; por aquí podrá ponderarse, cuán horrible sea aquella hora, en que Dios la separa temporalmente de un objeto tan amable.

LXIX

El árbol de la ciencia creció y dió siempre sus renuevos, junto al río de la Religión.

Ed ingrato al suol natio
Fuor del tronco ombra non stende-
Ne del sol l'acque difende
Di quel río,
Che lo nutri.

LXX

Cuando el hombre mira en torno suyo, no ve más que materia.

LXXI

De nuestra primitiva naturaleza no vemos más que ruinas, pero estas ruinas nos muestran nuestra prístina grandeza.

LXXII

El tiempo tiene más compasión de las piedras que de los hombres.

LXXIII

Si no hay deseo, hay tedio, si no hay tedio hay deseo: qué cosa es peor?

LXXIV

La unidad se distingue del número en que multiplicada por sí misma, se reproduce idéntica á sí misma.

LXXV

Todos los hombres llevan algún alivio ó aquietamiento á los demás, menos á sí mismos.

LXXVI

Oh alma, alejada de lo infinito que apeteces, idólatra de los delirios de locura; porqué buscas con tanto anhelo un bien, sabiendo que su posesión ha de hastiarte y ha de engendrar en tí deseos de aborreci-

miento: por qué los buscas tú que no ignoras que el corazón ha de quedar tan vacío, como antes de poseerlo? Ambición atormentadora, sed insaciable, esperanza continua, amor, ansiedad, aspiración infinita, *autolátria*, por qué me dais tormento? Porqué no soy insensible á vuestros estímulos que enfurecen mi impotencia y me arrojan en un abismo que dista infinitamente de esa región hacia donde enderezais el vuelo de mi alma? acaso la voluntad y el entendimiento me fueron dados, para que fuera más infeliz que las mismas bestias, y me envileciera, hasta el extremo de quedar muy por bajo de las mismas piedras? Bien lo sé que ro. Suspiro conti-

nuamente por algo que presiento, sin conocer; siento una agitación, una ansiedad, y entiendo que nada las puede calmar, que no sea ese algo indefinible, que busco en todas partes. Si hallo la verdad que persigo, si amo el bien, cuyas huellas seguí con fatigosa carrera, lejos de hallar contento, quedo tan hambriento, como el primer día en que despertaron en mí la razón y el amor. La mente y el sentimiento mismo, muéstranme en vagas é indefinibles envolturas la verdad y el bien infinitos; pero en vano busco la paz en sus vestigios que miro en torno mío. Sé muy bien que igual inquietud, igual tumulto de deseos, igual incertidumbre lasti-

mó el corazón de Platón y el corazón del campesino griego que no estaba iniciado en los altos misterios de la belleza y del amor. El que más harto está de placeres, padece la misma violencia que el que ha sido víctima de continuos dolores: igualmente suspiran por la verdad infinita el sabio y el ignorante, el rico y el pobre. En vano amo aquí los mundanos bienes, pues esta quimera que llamo amor, es la locura de mi pobre corazón.

LXXVII.

La esperanza es un vestigio de nuestra primitiva naturaleza y el signo de la alteza de nuestro fin.

LXXVIII.

Hace miles de años que millares de hombres buscan la felicidad y no la han hallado: seguiremos buscándola?

LXXIX.

El hombre tiene un infinito horror á su vacío y un deseo infinito de llenarlo con la verdad y el bien, que busca incesantemente por doquiera que va.

LXXX.

Existe en un oscuro rincón del alma una semilla que no florece: es la felicidad: ¿será estéril la tierra del alma, ó seremos malos jardineros?

LXXXI.

El único término de nuestras desgracias es otra mayor: la muerte.

LXXXII.

Existe en cada una de las almas un secreto, invencible é indefinido amor á lo imposible.

LXXXIII.

La vida y la muerte hicieron un pacto: la muerte dá sus hijos para pasto de la vida y la vida dá los suyos para pasto de la muerte.

LXXXIV.

Por grande que sea un cuerpo, á cierta distancia es invisible.

LXXXV

Amamos y atendemos á lo futuro, porque es lo único real que nos queda y el único lugar donde esperamos hallar algo de lo que hemos perdido.

LXXXVI.

Cuando veáis que todo está quieto y sereno en el Universo, decid: todo está quieto y sereno, menos el corazón del hombre.

LXXXVII.

El que sube por los grados de la fortuna, ve que todas las cosas son iguales; el que baja ve que hay co-

sas peores: en ninguna parte halla el hombre el optimismo soñado.

LXXXVIII.

El amor en este mundo es como una intensa sed en un desierto.

LXXXIX.

Piensen más los hombres en lo que les falta, que en lo que poseén.

XC.

La vanidad se despierta, cuando vemos lo que tenemos, la envidia nace, cuando vemos lo que no tenemos.

XCI.

Amamos la vida con dolor, pero no nos pesa este amor.

XCH.

A ninguno de los seres rigen tantas leyes como al hombre.

XCHH.

El primer bien que conoce el hombre es él mismo y este es el objeto de su primer amor. (1)

XCIV.

El hombre busca en el ruido, el silencio de su espíritu, en el tumulto de las pasiones el sosiego y en el número de los entretenimientos y placeres la más bella unidad: la felicidad.

1 Este pensamiento está tomado de mis "Estudios sobre el Amor." — Doctrina de Platón.

XCIV.

Dura cosa es para el hombre conocer una vez su flaqueza.

XCVI.

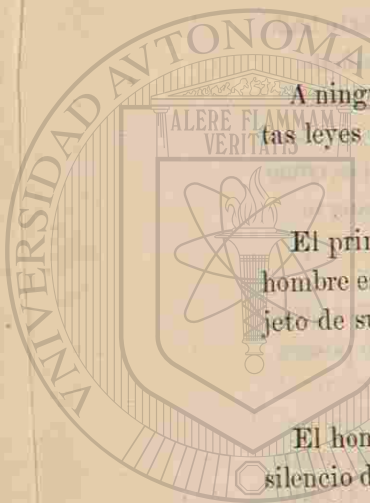
El esclavo tiene un tirano: el amo: el libre otro: el yo.

XCVII.

Entre nuestro interior y lo que nos rodea hay una infinita distancia; por esto el hombre, en cualquier parte en que esté, está solo.

XCVIII.

Cuando muere el hombre, contempla por primera vez todo el ho-



rror de su soledad. Cuán infeliz es el que no cita á Dios para esa hora!

XCIX.

Vemos con cierto dolor las ruinas, porque presentimos que hemos de serlo.

C.

Apenas habrá cosa en la naturaleza que no pueda causar algún daño al hombre, es decir, á su rey.

CI.

Todo lo que hay en la naturaleza tiene poder para darnos la muerte.

CII.

El hombre es el animal más hermoso cuando está vivo y el más deforme cuando está muerto.

CIII.

La frente del hombre es muy pequeña, pero hay en ella más actividad que en el seno de un volcán.

CIV.

Cuando no aman los hombres están locos por amar, pero cuando ya han amado, se arrepienten de haber dado fuerza y crecimiento al amor.

CV.

El amor es enemigo del número
é idólatra de la unidad.

CVI.

El hombre vive de los muertos,
por esto el árbol de su vida da se-
millas de muerte.

CVII.

El yo es en sí muy poca cosa:
un hombre quedaría aturdido, si el
Universo se destruyera y el Uni-
verso no siente la destrucción de
un hombre.

CVIII.

Jesús ha sido crucificado de nue-
vo por Renán.

CIX.

El corazón del hombre es tan
pequeño como una manzana, pero
no se harta con la posesión de un
mundo infinitamente más grande
que él.

CX.

El alivio tiene que venir al hom-
bre de afuera, porque su corazón
no produce, sino dolores y enfer-
medades.

CXI.

Las riquezas son un accidente
que los hombres han convertido en
substancia, y así el rico es el suje-
to y el hombre es el accidente.

CXII.

Nuestra alma es un yermo solitario, triste y tenebroso.

CXIII.

El sueño, si exceptuamos á la muerte, es el mayor ladrón de la vida.

CXIV.

Así como el rico que ha perdido sus tesoros anhela por recobrarlos, así suspira el hombre por una felicidad de que no ha sido dueño todavía.

CXV.

Ni hacemos todo lo que quere-

mos, ni queremos todo lo que hacemos.

CXVI.

El hombre no es el rey, sino el tirano del mundo, por esto tiene á sus súbditos en plena rebelión.

CXVII.

Si el hombre no sufriera, cuando en sí mismo piensa, lejos de buscar á sus semejantes, huiría de ellos.

CXVIII.

Una buena parte de los hombres busca á sus semejantes, no tanto por amor, sino para calmar la inquietud y fastidio del yo.

CXIX.

Nada nos parece tan real, ni nada es tan caro á nuestro corazón, como el yo.

CXX.

Lo más hermoso que hay en el hombre exterior es el mirar y el hablar.

CXXI.

Es muy pequeño el momento presente, es decir, el momento real, por esta razón son tan mezquinas nuestras dichas.

CXXII.

Es más venciible el miedo que el horror del ridículo.

CXXIII.

El cuerpo de un ciego es una cárcel muy oscura.

CXXIV.

El desengaño, en vez de consolarnos, nos aflige.

CXXV.

El alma es una substancia bellísima, pero sólo visible por sus miserias.

CXXVI.

Ninguna cosa nos causa más asco que los hombres.

CXXVII.

Ni la razón confunde á los dogmáticos, como dijo Pascal, ni la naturaleza á los pirrónicos: hoy los escépticos confunden á la razón y los dogmáticos á la naturaleza.

CXXVIII.

La mayor parte de las conversaciones de los hombres tiene al yo por objeto.

CXXIX.

No ignoraba Aquiles que el lauro que había de ganar matando á Héctor en las orillas de Ilión, había de ser el prenunciador de su

muerte. ¡Tan grande es el amor de la gloria!

CXXX.

El hombre nace libre y siempre está encadenado, dice Rousseau: efectos del *pacto social*.

CXXXI.

La duda cree vivir hoy segura, sin temor de ser debelada, en los castillos de la materia.

CXXXII.

Descartes dijo en su *Método* que el hombre entregado á la lectura era extranjero en su propio país. ¡Qué desprecio de los hombres y qué amor del yo!

CXXXIII.

A los que como Renán y Vacherot, defienden la identidad de las contrarias, falta una dote preciosísima y harto rara en nuestros tiempos: el discernimiento, es decir, la facultad de *distinguir*.

CXXXIV.

La fe salvó á Pascal, le apartó de las sendas del error, le inspiró sus últimos pensamientos sobre la Religión y sobre la divinidad de Jesucristo, y restituyó á su espíritu esa alteza de pensamiento y esa nativa suavidad que perdió en sus destempladas "Provinciales."

CXXXV.

Lucrecio dijo:

Primos in orbe deos fecit timor.

Lo cual pudo haberse entendido en su tiempo así:

Primos in orbe deos fecit cognoscere timor.

CXXXVI.

Pascal cantó á la duda con el alma, Núñez de Arce con el corazón.

CXXXVII.

Pascal entendió mejor el humano corazón que la Geometría.

CXXXVIII.

Panteistas, sedlo al menos por amor.

CXXXIX.

Malebranche, cuya alma era tan limpia, tan serena y tan bella, cuanto deforme era su cuerpo, no tropezó en los difíciles caminos de su andaz filosofía, porque la fe frenó su espíritu, ávido de grandeza y de luz.

CXL.

No existe más seguro refugio para un sér tan lleno de incertidumbres como el hombre, que la fe: por qué la desprecia?

CXLI.

Sufre menos en esta vida el que

no goza de nada, que el que goza de todo.

CXLII.

Este mundo se parece al infierno, en que muchos hombres no aman á Dios.

CXLIII.

El yo engaña al hombre, pero el hombre no sabe engañar al yo.

CXLIV.

El hombre es el animal que produce más ruido en la naturaleza.

CXLV.

Nada nos aflige tanto como el

pensar que no podemos ser aquí felices.

CXLVI.

Es tal la miseria del hombre, que muchas veces el apetito del bien lo hace más malo.

CXVII.

Para calmar un poco nuestra ansiedad, vestimos con formas imaginarias lo que se ofrece á nuestros sentidos; sólo así no palpamos la realidad que tanto aborrecemos: de aquí que nos sean tan gratas las ilusiones.

CXLVIII.

Ni las riquezas, ni los honores,

ni las ciencias hacen al que los posee, menos infeliz que al que no los posee.

CXLIX

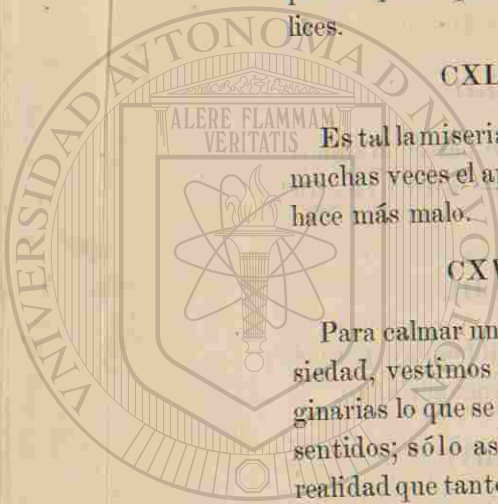
La vida es un bien que recibimos en cambio de innumerables dolores.

CL.

A pesar de ser tan infelices, no deseamos la *no-infelicidad* de las piedras, ni la quietud inalterable de la nada.

CLI.

Todos los hombres buscan el reposo para su espíritu y el movimiento para el cuerpo, porque la



agitación del alma y el reposo del cuerpo nos causan amarga ansiedad y tedio mortal.

CLII.

El alma y el cuerpo unidos han formado al monstruo más espantoso; al más audaz trastornador de todo orden y ley.

CLIII.

Me pasma el pensar que sea tan miserable el único sér que es capaz de medir el número de sus miserias y que sea tan infeliz, el único sér que en la tierra conoce lo que es felicidad.

CLIV.

El trabajo es una maldición que

muchos han por un presente del cielo.

CLV.

Sólo en el hombre se ve esta espantosa antítesis: miseria y orgullo.

CLVI.

La existencia del hombre depende (al parecer) del capricho de otro hombre, su vida, su conservación, su educación está á merced de otro hombre; no halla en sí mismo, por mucho que se contemple, ni el cómo, ni el cuando de su nacimiento, ni nada sabe por sí mismo de sus primeros días; viene al mundo como si fuera efecto de una casuali-

dad (¡cuántas veces parece que así sucede!); párecele, desde sus primeros años, un misterio su nacimiento, de aquí es que continuamente indaga, siendo niño, su origen; siente que vive sin saber cómo; conoce de súbito que es algo en el Universo y siente un no sé qué al pensar que poco antes nada era; contempla con sus propios sentidos su cuerpo, la cosa que más le pertenece de cuantas existen á su alrededor, el verdugo que tanto lo ha de atormentar; por breves momentos admira el espectáculo de la naturaleza, recibe luz, oye su voz y pronto la llama de su vida se extingue. ¿Será posible, oh incrédulos, que el sujeto nobilísimo de estas mise-

rias, la substancia dotada de mente que tan bien las conoce, haya nacido solamente, para vivir esta vida infeliz?

CLVII.

El hombre pertenece más á sí mismo que al Universo, es más interior, que exterior, pero á pesar de esto, es más de los seres que suyo y vive más bien con la vida exterior que con la vida interior. De aquí es que:

Nemo in sese tentat descendere.

CLVIII.

Mientras más huye el hombre del espectáculo de sus miserias, más negro se muestra el cuadro.

CLIX.

La esperanza (no hablo de la virtud) es la hija menos fea de la ignorancia y la única miseria apetecible.

CLX.

La felicidad es una quimera por que no existe y es una falsedad, porque, para que el hombre pueda llamarse feliz en este mundo, es necesario que vea las cosas, no como son, sino como no son. Por esta razón los niños y los ignorantes son los menos infelices.

CLXI.

El hombre lleva dentro de sí un

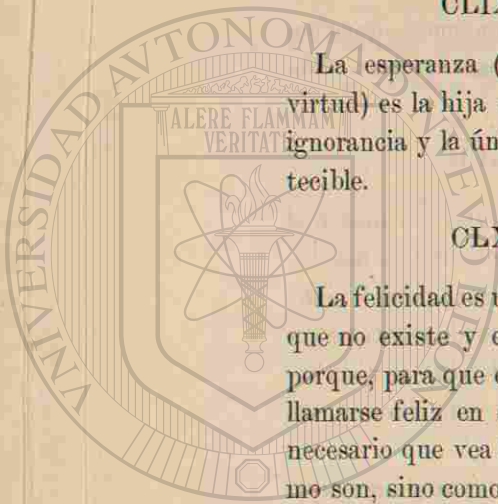
mundo ideal, tan vasto que es insuficiente toda la materia del Universo, para representarlo.

CLXII.

El tiempo pasado desaparece para siempre; el porvenir no es nuestro y sólo nos pertenece un momento que pasa sin que la mayor parte de los hombres se dé cuenta de él.

CLXIII.

El pensamiento del porvenir atormenta al dichoso y mitiga los dolores del que sufre: todo está compensado y siempre es igual nuestra suerte, porque, el que sufre en el presente goza con el pensa-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



miento del porvenir, donde espera hallar el término de sus males y el que goza en el presente sufre con el pensamiento del porvenir porque teme que sus dichas cesen.

CLXIV

En el pasado se confunden dichas y dolores.

CLXV

Todos los apetitos del hombre prevaricador tienden á realizarse por medio de contrapoducientes causas: quiere saciar el apetito innato del bien en los sensuales goces; el amor legítimo del yo en el orgullo y en la vanidad, la asecuración de la verdad en la duda, el so-

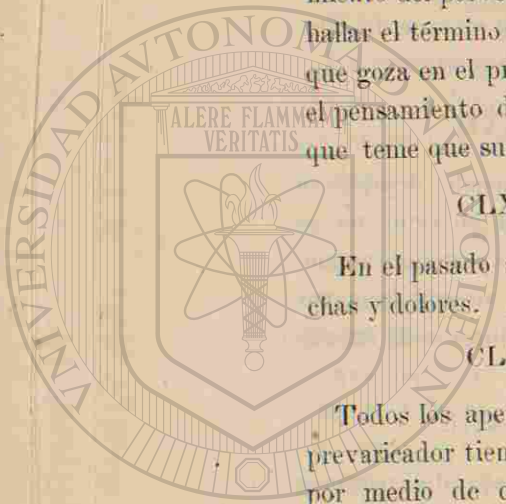
siego y silencio de los afectos en los ruidos y agitaciones de la vida exterior.

CLXVI.

Nada hay en mí que no sea para mi tormento; mi cuerpo, mis pensamientos, mis sentidos, mis deseos me alejan del verdadero bien y me arrojan en un abismo de miseria y desolación. Fecisti nos Domine, ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te.

CLXVII

El hombre es muy miserable, por que es capaz de cometer todas las maldades y es muy desgraciado



porque lo es de sufrir todos los dolores.

CLXVIII.

En la más monstruosa de las miserias del hombre, en el orgullo, vemos la sombra gigantesca de su primitiva grandeza, así como en la privación vemos la forma. Y como tiene alguna idea de su dignidad nativa, quiere ser grande por el orgullo, por eso oye esa voz maldita que le dice que es superior á sí mismo, á pesar del número de sus miserias.

CLXIX.

El hombre nada busca en sí mismo, pero casi todo lo que busca es para sí mismo.

CLXX.

El yo es un mundo solitario donde nadie vive, ni el yo mismo.

CLXXI.

El que conoce que el hombre es un monstruo, llega á verlo con cierto horror.

CLXXII.

Es cosa más noble hacer beneficios que agradecerlos, y á pesar de que los hombres practican ordinariamente lo menos noble, son más los benefactores que los agradecidos: sabéis por qué: porque el hombre es enemigo de la obligación y el beneficio obliga.

CLXXIII.

La vida del hombre es una noche continua, desde que nace hasta que muere, todos son temores en esta noche, deseos, dolores, esperanzas vanas, ansiedades, decepciones, dudas, luchas, apetitos irrealizables, peligros, incertidumbre; curiosidad, tedio, ignorancia, vano amor, impotencia, odio etc., etc. Si ama, odia al mismo tiempo, como dice Plutarco, y no se contenta con el objeto amado; si desea padece fiebre, si no desea padece tedio y violencia; si teme, llora; si confía desconfía; si espera desespera; si indaga la verdad duda; si se conoce á sí mismo, sufre

con el pensamiento de su flaqueza, si no se conoce, conviértese en un sér más miserable; la curiosidad de lo verdadero y de lo bueno, como es continua, lo atormenta, la incertidumbre lo abate, la duda lo entibia, la lucha lo causa. Sit nox illa solitaria, nec laude digna!

CLXXIV.

Diderot decía que es criminal el que tiempla el calor de las pasiones, porque mata las emociones estéticas. Esto quiere decir, diremos con Cleantes, que la templanza y la prudencia, virtudes nobilísimas, nos fueron dadas, como males.

CLXXV.

¿Qué cosa es mi cuerpo? Una cosa mía que veo, no dentro de mí, sino en el mundo exterior.

CLXXVI.

Ninguna cosa ama el hombre tanto, como su yo, pero si bien se mira, no parece sino que es lo que más odia.

CLXXVII.

Dicen que los locos no duermen, y qué es su vida, sino un sueño continuo?

CLXXVIII.

La vida entera del hombre es esta: esperar vanamente.

CLXXIX.

La locura más dañífera es la locura de los sabios.

CLXXX.

Sólo el hombre aprecia nuestra vida y siente nuestra muerte.

CLXXXI.

Yo soy un misterio, sé que soy un misterio, pero no conozco este misterio.

CLXXXII.

El ser más infeliz es aquel que quiere dejar de serlo.

CLXXXIII.

Todo lo que hay en el Universo

conocido es inferior al hombre: cómo quiere que lo del Universo le contente?

CLXXXIV.

Más daños ha acarreado á los hombres el corazón, que el entendimiento.

CLXXXV.

Es tal nuestra desgracia que el amor del *yo*, que debía ser el más cierto, el más sincero, el más pacificador y el más libre, es por el contrario, el que más nos affige y el que hace que el *yo* sea insufrible á sí mismo y á los demás.

CLXXXVI.

Un genio es un loco divino.

CLXXXVII.

El hombre es aquí un tanto feliz, cuando el gozo lo pone fuera de sí, porque si no se olvidara del *yo*, el mismo gozo sería causa de dolor.

CLXXXVIII.

Qué es el amor? El verbo del corazón.

CLXXXIX.

Ningun animal *usa* tanto de la vida animal, como el hombre.

CLXL.

El hombre puede ser el más dichoso de los seres, con riesgo de ser el más infeliz.

CLXLI.

El hombre puede alcanzar un grado de perfección igual al grado de su maldad: puede ser el más miserable y el más perfecto del Universo.

CLXLII.

Por ricos y sabios que sean los hombres, no pueden hacerme feliz.

CLXLIII.

En lo que llamamos soledad está el más insufrible testigo y el más aborrecible enemigo: el yo.

CLXLIV.

Es imposible que aquí seamos

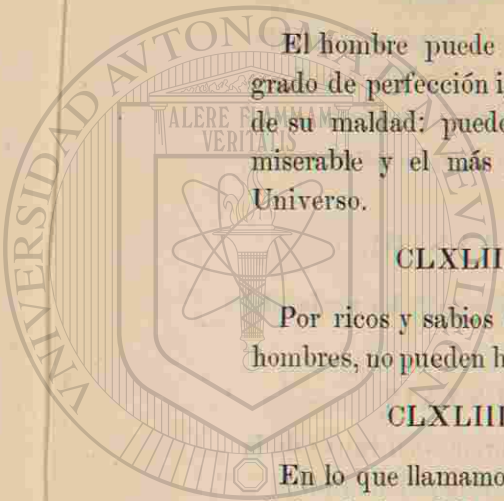
felices, porque, á lo que llamamos dicha faltan intensidad y duración.

CLXLV.

El poeta Menandro dijo que el varón amado de los dioses muere joven: qué prueba más grande de amor, puede haber ciertamente? De él podemos decir: raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus.

CLXLVI

Estando el Universo rodeado por la etérea substancia, puede considerársele, como á un inmenso cuerpo continuo; como al mármol en que el divino artífice labró innumerables formas, entre las cuales resalta la del hombre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CLXLVII.

El hombre no es de suyo amable: la gracia, la bondad, la hermosura, la virtud, etc., por estar personificadas en él, hacen que parezca amable este sér aborrecible.

CLXLVIII.

Chilón Damageto daba este consejo á los griegos: procurad agradar á las muchedumbres: no sabía el muy necio que el único feliz es aquel, que *ni quiere agradar á los hombres, ni teme desagradarles.*

CLXLIX.

Es más grata al espíritu la dulce melancolía de los recuerdos que

la alegría del presente, porque la realidad actual nos es insoportable.

CC.

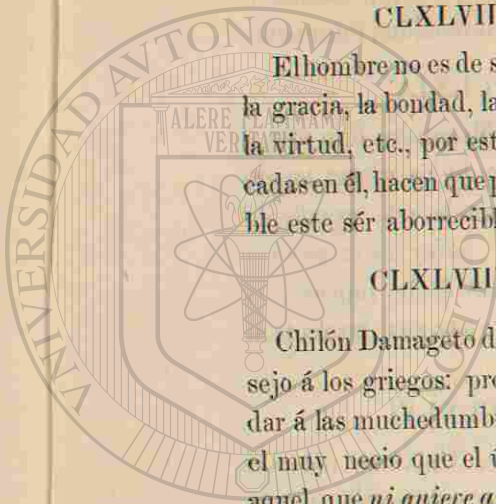
Epicteto dió la más ingeniosa definición del sueño en estas palabras: *mortis imago, victorum solutio.*

CCI.

Más violencia padece el error que la verdad.

CCII.

Existe en las criaturas una intrínseca y esencial tendencia á su fin último y la Providencia, sin destruir, lo que, con un vocablo propio, podemos llamar "naturali-



dad de las operaciones," las rige y las modera.

CCIII.

Dios deja obrar al ser libre 1º, porque en la inclinación al bien, obra, como naturaleza, según enseña Sto. Tomas: 2º, porque, aunque el mal es de suyo principio de otros males, es asimismo por una admirable ley de compensación principio de bienes, como enseña la Filosofía de la Historia: 3º porque, siendo el mal (aunque *per accidens*) principio de bienes, hay economía de bienes productores y no se multiplican los entes sin una absoluta necesidad. (Sabido es que el mal no es ente, sino el cisma del

ser, como dijo ingeniosamente, un ilustre escritor.)

CCIV.

De esto parece deducirse que la reproducción ó imitación en el drama ó en la novela de los actos de la vida real, son ilícitos, si no llevan impresos por algún modo los designios de la Providencia, y que, si no ha precedido un estudio del encaje que los actos entre sí tienen, por lo que respecta al orden moral, lejos de ser fiel la imitación de la naturaleza será prepóstera y monstruosa.

CCV.

¿Qué es el hombre? Ornamento

del mundo físico, enigma del mundo metafísico, esplendor del mundo de lo bello y quimera del mundo moral.

CCVI.

Veo en el caos de la vida dos seres, siempre unidos; el uno, negro como una sombra es íncola de los yermos del vacío; la otra blanca y gentil como la luna es hija de la luz; doncella fué á la morada solitaria de su corruptor y allí dejó de serlo: ¿sabeis quiénes son? La razón y el absurdo.

CCVII.

El hombre ha dibujado el más espantoso cuadro, el de sus mise-

rias, con el más precioso buril: con la razón.

CCVIII.

De qué te sirvió, oh hijo de Albión, la inteligencia, sino para decirte que eras una bestia y la más infeliz de todas las bestias, pues todas ellas, menos tú, no saben que lo son?

CCIX.

La filosofía, se refleja en las ciencias, y las ciencias son una fiel expresión de la Filosofía, porque en estas se imprime su forma.

En los tiempos de Homero, no acostumbrada la mente griega á razonar profundamente, pero impulsada por el instinto de su gran-

deza fijó su vista en el *microcosmos*; véalo hermoso en su manera y conformación, vislumbraba aquella forma intangible que, venciendo la opacidad del tosco cuerpo, se manifestaba en todas sus partes; en la gallarda figura y en los movimientos gentiles, en lo majestuoso y dulce del mirar, en la serena frente, en el ritmo de la palabra, en la finura y delicadeza de los actos y en el modo y variedad de las percepciones y le entonó un himno inmortal en argumento de su amor y de su admiración.

El exuberante genio poético, que rebosaba en aquellas mentes herederas de los númenes de Orpheo, al contemplar, á la luz de tan escasa

filosofía, la grandeza del hombre, modeló por ella la de los dioses; Júpiter era el más temible por su fuerza, porque con sólo el movimiento de sus cejas estremecía el Olimpo; el más insigne de los malvados, el ejemplar de los incestuosos, el astuto seductor que para satisfacer sus carnales pasiones se transformaba ya en toro, ya en cisne, ya en aurea lluvia; Minerva, una mujer dotada de *prudencia*, *discernimiento* y de unos ojos *bovinos* de penetrante y firme mirar; Venus, la gentileza, la gracia, la hermosura, la molicie; Juno, el celo, la envidia, el orgullo; la vanidad; Apolo, un joven trovador, gallardo, airoso, seductor de ninfas, etc., etc.

Cuando la naciente filosofía de la Grecia indagaba el origen del mundo y perscrutaba con sutil talento sus causas, los versos de Xenóphanes, Parménides y Empédocles, eran disquisiciones filosóficas, en las que aparecía mutilada la Teología antigua y ridículos los dioses de Orpheo, Hesíodo, Homero; Xenóphanes dice: (1) Dios es uno, superior á todos los hombres y á los dioses; todo El vé, todo El oye y entiende, es inmóvil y permanece siempre en el mismo estado; fustiga á Hesíodo y á Homero, porque le atribuyen los vicios de los

¹ Fragment. Philosoph. græcor. Ed. de F. Didot. Timon Philasio llama al Dios de Xenóphanes: dios inhumano, mente uniforme, íntegra; pensamiento eterno: Ibid.

hombres, el robo, el fraude, la venganza, el adulterio, etc.

Empédocles dice con voces solemnes: No podemos acercarnos á Dios, ni verlo con los ojos, ni con las manos palparlo; es mente santa é inmensa, cuyo veloz pensamiento recorre y llena todos los mundos: dichoso aquel que ha llegado á entender la alteza de la divina mente, infeliz el que se contenta con conocerla, por medio de obscuras doctrinas! (2)

Anaxágoras reformó el sistema de sus antecesores, Thales, Anaximandro, y Anaxímenes, transformó asimismo el dios-agua en dios,

(2) Tertio Phisicorum. Emped. Carmin. Reliqu.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

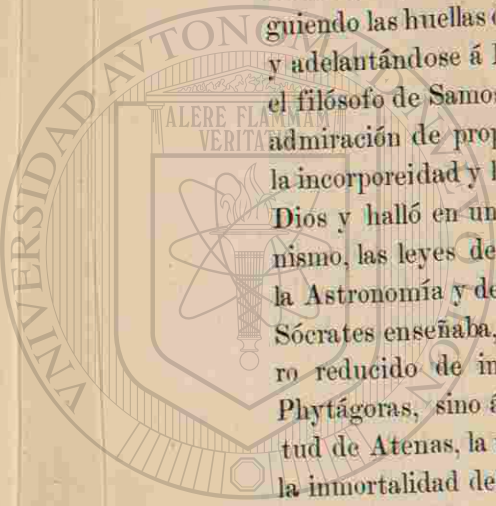


infinito, espiritual y personal, siguiendo las huellas de Xenóphanes y adelantándose á Pythágoras (3); el filósofo de Samos demostró con admiración de propios y extraños la incorporeidad y la *ubicuidad* de Dios y halló en un místico armonismo, las leyes de la Música, de la Astronomía y de la Geometría; Sócrates enseñaba, no á un número reducido de iniciados, como Phytágoras, sino á toda la juventud de Atenas, la unidad de Dios; la inmortalidad del alma, la pureza de la virtud y un copioso número de máximas morales, fecun-

(3) Mens autem, dice, infinita sui que juris est, neque ulli rei admixta, sed sola, libera et soluta est. (Fragment. Philosoph. Græcor.)

das y consoladoras que Xenophon te reproduce en sus "Memorabilia."

Entónces los hijos de los griegos divinizaban casi á los hombres á fin de despojar de lo humano á los dioses, y admiraban solamente la fecundidad poética de Orpheo, Hesíco y Homero. Platón, el primero que se ve en el camino de las grandes verdades, como dice el conde de Maistre, admiraba más á los rapsodas que á Homero, se arrepentía de haberle amado en sus necedades y le azotó desapiadadamente en las plazas de su *República*. Aristóteles, genio sereno y semidivino, desdeñó todas las tradiciones filosóficas que no se coap-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

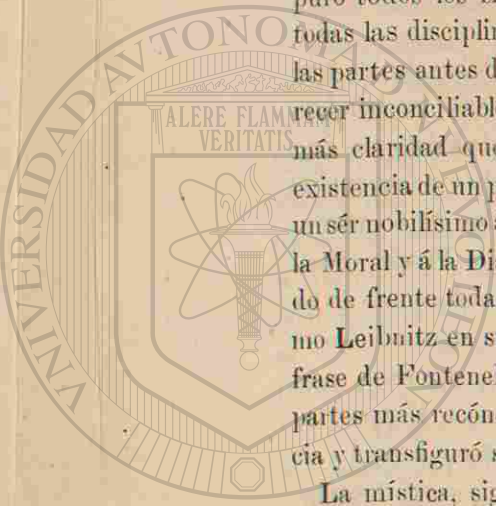
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



taban con su altísimo espíritu; depuró todos los sistemas, reformó todas las disciplinas, enlazó todas las partes antes dispersas, y al parecer inconciliables; demostró con más claridad que Anaxágoras la existencia de un primer motor, dió un ser nobilísimo á la Metafísica, á la Moral y á la Dialéctica y llevando de frente todas las ciencias, como Leibnitz en su tiempo, según frase de Fontenelle, alumbró las partes más recónditas de la Grecia y transfiguró su faz.

La mística, siguiendo las huellas de Sócrates y del divino Platón, buscaba, no la corpórea hermosura, ni las graciosas formas de los dioses, sino la luz de la su-

prasensible belleza encendida en el Phedro y en el Simposio, que engendraba amor supraceleste en los ánimos y odio á lo meramente corpóreo: en una palabra, la filosofía, cada vez más rica de doctrinas, más avasalladora, transformaba lentamente la poesía, la teología y la ciencia de lo bello. Así Cicerón reprueba en su hermoso libro "De natura deorum" las más altas doctrinas sobre la naturaleza de Dios, de Pythágoras, Anaxágoras, Empédocles, Platón, Aristóteles, etc. Séneca y los estoicos purifican la moral que tan desmedrada vivía en tiempos anteriores; Máximo de Tiro, describe á Dios con una pureza de conceptos no igualada, se-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTÉCAS

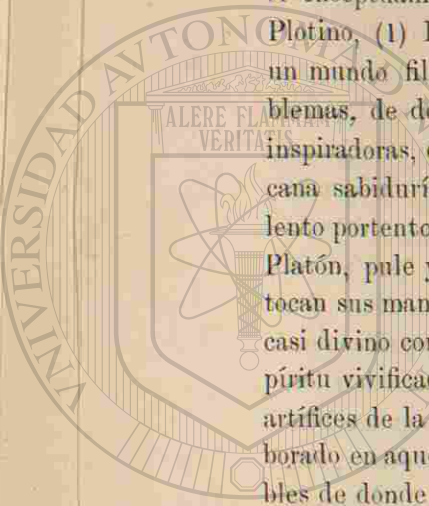


gún creo, por ningún otro filósofo, si exceptuamos á Porfirio y á Plotino. (1) Plotino, dueño de un mundo filosófico, rico de problemas, de doctrinas, de fuentes inspiradoras, donde rebotaba arcaica sabiduría, dotado de un talento portentoso, igual quizá al de Platón, pale y bruñe todo lo que tocan sus manos, y torna hermoso, casi divino con la magia de su espíritu vivificador, todo lo que los artífices de la Grecia habían elaborado en aquellos siglos memorables de donde arranca todo saber: nadie apreciará cumplidamente

[1] Véanse algunos pensamientos de este grande hombre, en mis "Estudios sobre el amor." Doctrina de Máximo Tiro.

sus doctrinas sobre el Bien Sumo, la belleza inteligible, el número, la beatitud y el amor; Hierocles comenta el *Anreum Carmen*, con una copia de doctrina tan pura y tan llena de sabor cristiano, en no pequeña parte, que más merece ser alma y no ornamento de unos versos tan pobres de suyo.

A Luciano Samosatense, causan risa los antiguos dioses; las quejas de Venus, las transformaciones de Júpiter, los celos de Juno y la misma gracia del escanciador Ganimedes, préstanse á las burlas de su humorístico genio. Y en mejores tiempos, cuando santo Tomás remozaba la filosofía de Aristóteles, la transformación fué radical;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

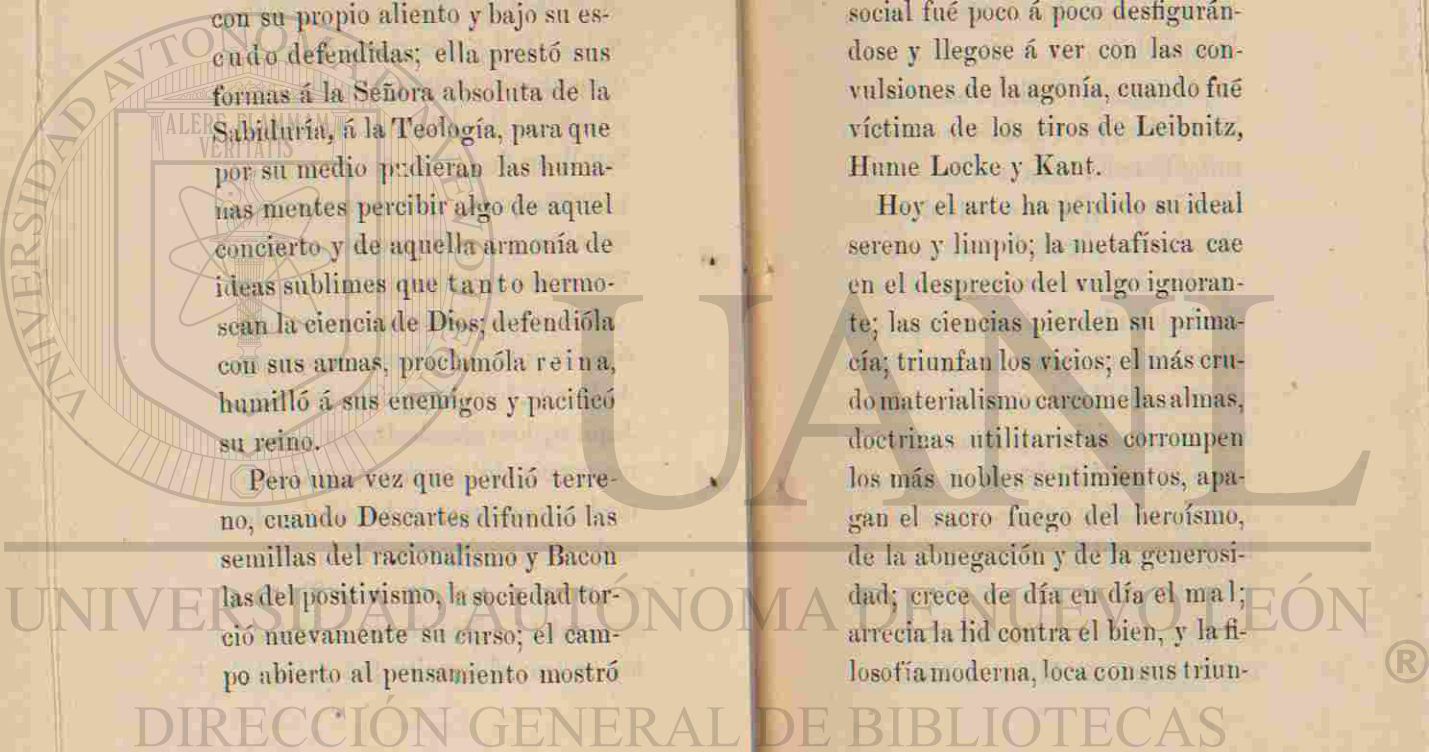


las ciencias todas vivían animadas con su propio aliento y bajo su escudo defendidas; ella prestó sus formas á la Señora absoluta de la Sabiduría, á la Teología, para que por su medio perdieran las humanas mentes percibir algo de aquel concierto y de aquella armonía de ideas sublimes que tanto hermo-
 sean la ciencia de Dios; defendiéndola con sus armas, proclamóla reina, humilló á sus enemigos y pacificó su reino.

¶ Pero una vez que perdió terreno, cuando Descartes difundió las semillas del racionalismo y Bacon las del positivismo, la sociedad torció nuevamente su curso; el campo abierto al pensamiento mostró

mil sendas torcidas; la fisonomía social fué poco á poco desfigurándose y llegose á ver con las convulsiones de la agonía, cuando fué víctima de los tiros de Leibnitz, Hume Locke y Kant.

Hoy el arte ha perdido su ideal sereno y limpio; la metafísica cae en el desprecio del vulgo ignorante; las ciencias pierden su primacía; triunfan los vicios; el más crudo materialismo carcome las almas, doctrinas utilitaristas corrompen los más nobles sentimientos, apagan el sacro fuego del heroísmo, de la abnegación y de la generosidad; crece de día en día el mal; arde la lid contra el bien, y la filosofía moderna, loca con sus triun-



fos, se regocija, como la antigua, de verse reproducida fielmente en la sociedad.

Ah, señores! toda palabra es débil y pobre, para describir esta filosofía! Esta filosofía se refleja en las ciencias y en la sociedad, y las ciencias y la sociedad se reflejan en ella. Jamás secta alguna filosófica había alcanzado tanto predominio, ni tan copioso número de espíritus se había unido tan voluntariamente á sus coyundas. Arroja, como la estoica, friamente al suicidio y mueve á despreciar como la cínica, indigna y vergonzosamente el dulce bien de la vida: arrastra, como la de Epicuro, al contentamiento de los sentidos, y

como la pirrónica atormenta al espíritu con la indiferencia y el tedio, el abatimiento y el dolor. Quiere, como la ecléctica griega de los Plotinos y de los Porfirios, concertar hipótesis disímiles que no se consienten á semejantes tareas, concordar autores y doctrinas que no se compadecen ni con sus principios, ni con sus objetos y que son muchas veces, por lo que mira á su índole y estructura, contradictorios: quiere resolver, en fin, y en esto porfía extremadamente, valiéndose de medios científicos, como suele decir, tenebrosos problemas que superan toda experiencia y todo poder racional. Ni paga su merced á la pobre razón, por sus

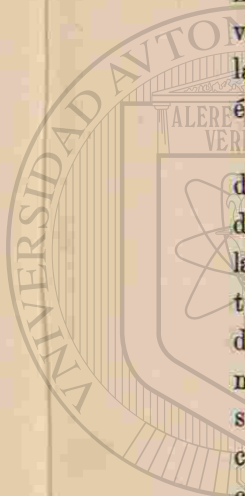
labores arduas y cotinuas, ni se digna, al menos, llamarla operaria de la verdad; la azota, si habla, y la reprende acerbamente, si calla; la escarnece siempre y la mofa en todas partes: por esto la que no há un siglo todavía, fué reina omnisciente y absoluta, es ahora, y allí mismo, esclava y miserable que vive de limosna, sin lumbre y sin hogar. Habrá menos de ocho años, señores, se dijo que la pobre retriz que hizo el papel de diosa razón en la revolucion pagana del pasado siglo, había muerto en un esterquilinio; de cid me: ¿no ha acontecido esto mismo á la razón antes tan orgullosa, hoy tan humilde y tan pobre? La incredulidad

de Voltaire y de Rousseau, de Diderot y de Condorcet, la coronó, París y el mundo incrédulo la adoraron, con el mismo entusiasmo y sensualismo con que los gentiles adoraban á Venus Amathusia en Chipre y en Corinto: pero vino la duda, la eterna fatídica, la prometida de este siglo incomparable, la sombra errante que con su aliento marchita ánimo y corazón, y tocó el altar de la diosa: esto bastó para derribarlo. El naciente positivismo la miró con desdén y la misma corriente de la filosofía cristiana, la envolvió en sus ondas, donde fué saeteada, por las cristianas y fervorosas manos de Bonald, Ventura de Ráulica y Donoso Cortés.

El positivismo y el tradicionalismo, fueron el azote con que Dios vapuló á la deicida, á la que por largos años había batallado contra él y contra su amada porción.

Si la filosofía pagana iba, á medida que se ensanchaba, despojándose de sus escorias y mancillas, la filosofía moderna, desde Descartes, hasta aquí, va en evidente decadencia: así lo pregona ella misma con furiosos gritos, mostrándose á los ojos profanos del vulgo, como conjunto de todos los errores, como sentina de toda inmundicia, como tropiezo y ruina de todos los espíritus y como laberinto, donde el más avisado se confunde de súbito. ¿Qué cosa es para ella la mo-

ral, ora en las cátedras, ora en la sociedad que corrompe. La moral negativa del mulo y del jumento. ¿Qué es la estética? Un catálogo donde no entra para nada el análisis metafísico que la hizo tan grande, desde que le dió pomposo, aunque falso nombre un filósofo alemán, un catálogo, digo, de sus momentos históricos, como tuvo á bien hacerlo el más ingenioso de sus corifeos, Taine. ¿Qué es el mal? una graduación del bien, como lo llamó textualmente no sé si Michelet o Vacherot. ¿Qué es el hombre? Un autómata que cree, como la piedra del filósofo, Spinoza, que se mueve por que quiere: ¿Qué es Dios? Un nuevo Proteo, forjado por



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Renan. ¿Qué cosa es para ellos causa final? Una quimera de los metafísicos: ¿Qué cosa es Providencia? Una quimera de los metafísicos: ¿Qué cosa es virtud? Una quimera de los metafísicos y de los teólogos: ¿Qué es la teología? Vano pasto de los espíritus débiles, como llamó á las Matemáticas un ilustre orador francés. ¿Qué son la misericordia y la justicia divinas? Fantasmas que creó el temor, como diría, si resucitara, Lucrecio Caro. A semejantes aberraciones ha llegado esta filosofía, por haber dado de mano á la idea religiosa: ha retrocedido veinte siglos por haber visto con malos ojos á la religión. Mientras la filosofía griega iba haciendo á

un lado la absurda teología y las tradiciones necias, medraba; mientras la filosofía moderna se aleja de la religión, mengua y se obscurece: aquella huía de las sombras: ésta huye de la luz más apocible: de aquí que unos hayan progresado y otros anden tan desorientados: de aquí que la moral alcanzara entre aquellos, por sólo las humanas fuerzas la relativa perfección que la dieron Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y entre éstos sea un catálogo de asquerosos principios que subvierten todo orden y todo lo enseñan, menos el modo de cohibir las pasiones.

Si echamos una ojeada sobre la literatura que ha creado, si es que

Antonio

®

ojos cristianos toleran semejante espectáculo. percibiremos el mismo naturalismo (y más crudo quizá) que inspiró los asquerosos romances de Aquiles Tatio, Heliodoro, Xenofonte y Apolonio de Tiro. Si buscamos la certidumbre, la perspicuidad y evidencia de los principios y la ley de *necesidad* que tan imperiosamente exige la razón, no la hallaremos en sus puertas: ni la pobre inducción, ni la pobre experiencia han vislumbrado siquiera sus vestigios. Nada hallaremos en sus recintos que no sea incertidumbre, tinieblas, duda, negación: allí no habita el genio de esa filosofía blanda y severa al tiempo mismo, que inspiró á Boecio sus consola-

ciones, á San Agustín sus confesiones, á Sabunde sus consideraciones aquietadoras: ni la esperanza, ni el consuelo, ni el reposo, ni el amor purificador y pacífico, habitan entre aquellas espinas, pues sólo gustan de posar entre flores. El pobre mortal que se condena á vivir en ese desierto, en ese yermo solitario, es víctima de las más furiosas pasiones y del más espantoso é insoportable de los tiranos, del yo; su corazón es morada de infinita ambición, tedio y odio, un hervidero de deseos lujuriosos, de ira y de impiedad.

Todos vosotros, estoy seguro, habéis leído á Pascal, espíritu extraordinario, brillante, de mirar me-

lancólico como Empédocles y Platón, y sabéis que las sombras de esa alma solitaria, alejada de todo mundanal tumulto, y las luchas de ese corazón recio y firmísimo, dejaron fielmente impresos sus vestigios en cada una de las palabras de sus pensamientos: Yo quiero mostraros una de esas sombras que es verdadera imagen del filósofo moderno; es esta: *no puede haber mayor quimera que el hombre*. Es quimera, porque ama, (usaré una frase de Donoso Cortés) el absurdo, como una madre al hijo de sus entrañas porque persigue lo imposible con ansiedad y locura, porque marcha por la superficie de la tierra, como Caín, en pos de consuelo y en bus-

ca de un rincón á donde no llegue á herirle la mano del cielo; porque, errante siempre, corre sin poder calmar la agitación de su pobre corazón. Quisiera esta pobre quimera (ya lo ha intentado, aunque vanamente) destrozarse las invulnerables leyes de la inteligencia, para no sentir el peso de ese absurdo, que tanto ama; las leyes del corazón para apagar esas aspiraciones infinitas que son su más atroz tormento: quisiera apagar esos instintos que lo enaltecen y esos pensamientos que, de cuando en cuando, le muestran las miserias de esta vida por que tanto delira. Busca la verdad con la misma timidez, á pesar de su orgullo incomprensible, con que

la buscaba Thales de Mileto, duda, con la misma duda de Pirro y de Carneades: de nada le sirven 44 siglos de labores filosóficas. Si pregunta á los astros por Dios, oye la voz maldita que oyó un matemático impío, cuando investigaba sus leyes: si lo busca inconscientemente en todas partes y á pesar suyo, no le halla, porque como San Agustín, no echa una mirada sobre el interior de su corazón. Quimera y no más que quimera es el filósofo contemporáneo: piedra arrojada al acaso en la inmensidad del espacio; sombra en el vacío, impotencia saturada de orgullo, nuncio de la mentira, rápsoda de Satanás.

Al tiempo mismo que esta plan-

ta venenosa extiende sus abundantes hojas, crece la renaciente filosofía tomista y, por fortuna, dilata sus dominios. Ella sola contiene ahora la ola que tendía y tiende aun á rebasar todo límite; ella ha contestado una por una á todas las atrevidas preguntas de la insolente ciencia moderna. Entendimientos robustos la comentan y explanan, jóvenes animosos y bien dispuestos la estudian con tesón: El sabio Pontífice reinante, los Obispos, los sabios católicos y hasta los más humildes fieles la difunden por doquiera y la muestran como el único remedio á tanto mal y á tanto desconcierto intelectual. Convertamos á ella nuestros ojos:

sea Santo Tomás la estrella que nos guíe en los revueltos mares; la luz de su doctrina fresca y sin mancilla, sea la única que vean nuestros ojos. Ella aguzará nuestros entendimientos, calmará las amarguras de nuestra alma sedienta y ávida de saber, y templará nuestro ánimo. No despreciemos este tesoro de arcanasabiduría, que existe en nuestras bibliotecas encerrado como precioso metal en ricas minas.

Pensemos que es el único sistema que permanece íntegro en su substancia y el único que á pesar de ser el blanco de los tiros de todos los partidos manifiesta la misma riqueza de vida y la misma

claridad y hermosura de las prístinas edades en que reinaba por doquiera.

No quedan de los viejos sistemas que tan rudamente impugnaron el tomismo, el peripateticismo vulgar y el peripateticismo clásico del Renacimiento, sino los daños que causaron, el espíritu libérrimo, el apetito de continua novedad y el horror de lo viejo. Tales sistemas han sufrido radicales transformaciones y apenas uno que otro vestigio se percibe de su prístina forma. Quién hace caso ahora del psicologismo cartesiano, quién sino uno que otro erudito, dado al estudio de la filosofía crítica, lee el *Discurso del Método y las Me-*

ditaciones Metafísicas? Apparentari nantes in gurgite leibnitzi-
 no que paran su atención en la ingeniosa teoría monadológica cuyos primeros atisbos se perciben en Plotino; ó en los capítulos del *Nuevo Ensayo sobre el entendimiento humano*, verdadero semillero de amplias hipótesis, fuente que fecunda las mentes más estériles que allí beben, ó en los diálogos sobre la palabra y su significación. Toda la doctrina de este grande hombre virgen existe en sus libros, pues la teoría monadológica apenas dilucidada y ampliada por Wolf, fué víctima de las impugnaciones ardientes de filósofos de por menor y de unos cuantos disparos del

matemático Eulero: el ocasionalismo antiguo ya confutado por S. Tomás y los escolásticos, resucitado y ataviado en su armónica y conciliadora hipótesis de la armonía preestablecida, murió con Malebranche: sólo quedan, en fin, la concepción metafísica del cálculo infinitesimal (y eso que muchos la impugnan acerbamente) y la teoría dinámica de que tanto han abusado los modernos secuaces de la filosofía corpuscular, principalmente Heriberto Spencer; Kant ingenio incomparable en quien la originalidad y la virtud intuitiva rebosan, el transformador de la filosofía, el que armado de todas armas dió el grito de rebelión y cor-

rió airoso á la batalla que no tiene precedente en la historia filosófica, anduvo con menos suerte que Leibnitz. Acabada su admirable construcción, fué demolida y el material disperso sirvió para edificación de otras escuelas, y así una obra, que intentaba no sólo esclarecer, sino resolver arduos problemas y aniquilar á ejemplo de Hume y Bacon la metafísica antigua, no ha tenido sino el triste fin de nutrir organismos disímiles y armar al idealismo, al escepticismo, al positivismo y al criticismo filosófico menguado y baldío de nuestros días. La doctrina de Kant ha perdido su integridad de sistema, y sus mismos discípulos son los

primeros que lo demuestran. Fichte, como dice Kuno, Fischer en los *Orígenes de la Filosofía Crítica*, declaró que las doctrinas de Kant eran doctrinas baladíes y reformó su teoría idealista. Hegel, cuya Lógica arranca inmediatamente de Kant y sin cuyo precedente no hubiera hecho el proceso de la idea, anonada la obra de Kant diciendo: "Su doctrina, como la empírica de nuestros días, se detiene en el fenómeno y no llega á la realidad." (Lógica.) Admiramos ahora al asombroso analítico, pero vemos con temor el venenoso escepticismo que destilan sus obras, y con evidencia percibimos que sus inextricables principios, confundidos

en quiméricos y opuestos sistemas, no sirvieron para el fin que el filósofo concibió. Fichte y Schelling fueron derribados por el poderoso ingenio de Hegel: Hegel perece en el océano pantéistico-positivista de Renan y de Vacherot. Cierto es que viven frescos y lozanos el racionalismo apuntado sistemáticamente en el libro del Método, el dinamismo leibnitziano retocado y patrocinado por ingenios como Spencer; el espíritu desdenoso y antimetafísico de Hume y Bacón, las dudas y vacilaciones que brotan de la crítica de la razón pura, y el panteísmo de Spinoza en las multiformes ideas de Fichte, Schelling, y Hegel, Krause, Mi-

chelet, etc.; pero no son más que los vestigios de las primeras revoluciones del pensamiento los reflejos de sistemas harto complicados y si se quiere ingeniosos; mas no puede menos de confesar el filósofo imparcial, que los sistemas, como tales, han caído en descrédito y en olvido. Es cierto asimismo que las doctrinas sensualistas del pasado siglo, como he demostrado en mis artículos sobre *La Moral Independiente*, subsisten hasta aquí, pero no tienen sér propio y viven milagrosamente asimiladas en el uerpo positivista: caería en ridículo el que se declarara partidario decidido, de todas las doctrinas de Locke, ó de Helvecio, ó de Condi-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



llac. Solo la doctrina de Sto. Tomás es inalterable y permanece íntegra desde el siglo XIII hasta nuestros días, y mientras las reliquias de los sistemas antitómistas se cobijan en el árbol de la secta enemiga, para vivir aunque sea con agena vida, este sistema monumental é imperecedero, se alimenta con principios propios, y resiste su recia naturaleza á las perniciosas influencias de todos los temperamentos filosóficos. La filosofía discordante, á pesar de su orgullo fascinador y de sus atrevidas tentativas, ha dejado intactos los problemas que el tomismo dilucida, y á la postre despechada y aturdida por la impotencia, ha acabado por negarlos.

De aquí la soñada destrucción del mundo ideal y el precoz crecimiento del mundo de la materia, donde las mentes, que no pueden volar, pervagan en espantoso desorden. Aunque la filosofía de Santo Tomás ha introducido nuevas cuestiones á su campo de investigación, movida sin duda por la filosofía extraña, explícalas con criterio propio y no ha recurrido sino á sus propias fuentes para aquilatar, apreciar y tasar el valor de los sistemas kantiano, hegeliano y positivista, en todas sus manifestaciones y alcances. Por sí misma y sin subsidio ageno, ha mostrado los absurdos que emanan de los juicios sintéticos, del filósofo Koe-

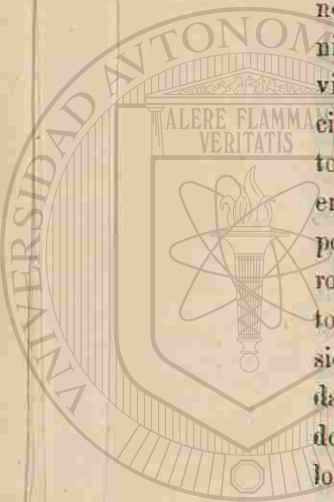
nisgberg, de sus nociones, de sus categorías, de sus conceptos subjetivos del espacio y del tiempo; las consecuencias de la crítica de la razón pura y las inconsecuencias de la razón pura práctica y de la metafísica de las costumbres. Asimismo batalló y batalla contra Hegel y pone de relieve lo absurdo de ese proceso en que la idea es primeramente *ella misma*, después su contraria, y al fin, por una mágica reversión que destruye la contradicción, torna á ser *ella misma*; la identidad de las determinaciones de la realidad, etc., etc., alma del sistema hegeliano. Avergüenza al positivismo, diciéndole antes que Hegel, que su huir de la Me-

tafísica es llegarse amorosamente á ella, y que mientras ve con desdén las nociones abstractas de esta ciencia altísima, movido por las leyes inviolables del pensamiento, admite ciertas categorías y nociones abstractas que están fuera de los sentidos, como son los conceptos trascendentales de ley, condición, fenómeno, antecedente, consiguiente y necesidad, la cual, á más de ser eminentemente abstracta, no viene de la experiencia que, como dice muy bien Kant en su "Estética trascendental," no ha presentado la totalidad de los hechos.

Peró lo que más hay que admirar es el sistema de Santo Tomás

no es la integridad, ni la compenetración armónica de las partes, ni la pureza demostrativa, sino la virtualidad riquísima de sus principios y el punto de mira: por esto su vida exuberante se agita entre el idealismo hegeliano y el positivismo spenceriano, verdaderos polos del mundo del pensamiento, y hermana en cuanto lo consiente una facultad á la cual no es dado traspasar sus límites, el mundo ideal y el mundo real, deslinda los linajes del entendimiento y de experiencia y resuelve problemas que ahora investigan los modernos vanamente, ignorantes de su solución. Mientras los fisiólogos de nuestros días, acaudillados por

Claudio Bernard, buscan las condiciones del fenómeno y desdeñan lo que nosotros llamamos causa formal y eficiente, y no se dan cuenta filosófica de la naturaleza abstracta del hecho y vagan en la superficie de la verdadera ciencia, sin ilustrar el caos; los filósofos tomistas satisfacen á la escudriñadora mente que busca siempre y por siempre, á pesar de estar ahora coartada por unos cuantos positivistas, algo suprasensible. Entendemos que, si bien las condiciones *determinan* (como ellos dicen) el fenómeno, la razón de este determinismo es el número copioso de principios dinámicos que obran, como verdaderas causas del



ción en o y por lo que respecta al principio vital que niegan, entendemos que determinan el fenómeno de la vida y del movimiento intrínseco del ser, ciertas condiciones, pero buscamos su principio y causa mediata en la forma substancial del viviente. La cuestión de la materia y la forma que da tanto que reír á los modernos, ya en los tiempos mismos de Santo Tomás prevenía las objeciones de la química moderna, preestableciendo la existencia virtual de los elementos en el compuesto químico y su reversión espontánea por medio de los agentes, al ser formal primitivo. Contra esta portentosa doctrina se estrellan las presunciones

del análisis espectroscópico y las afirmaciones gratuitas de los que niegan la unidad substancial del mixto, porque no atienden sino á lo meramente extrínseco de él.

Si el filósofo tomista se introduce allí, donde á todos abruma el peso de las cuestiones morales, halla bien pronto la clave para resolver las más especiosas y graves dificultades y esparce con sus principios luz viva en ese edificio cuyos cimientos están rodeados de tinieblas. Y así, mientras el moralista kantiano, que es, á mi entender, el menos desatinado de los moralistas independientes, busca vanamente el fundamento del deber, y siente grande pena al ver

que una doctrina simétrica, avasalladora, obra de un genio sutil y escudriñador de toda verdad, se desploma porque en vano los principios que la sustentan, luchan por asirse á algo incondicional y absoluto, cuya existencia se negó magistralmente en la Crítica de la razón pura, el filósofo tomista busca un principio vastísimo donde edificar la obra moral; hállalo en la ley natural directiva de los actos humanos, reflejo de la ley eterna, buena absolutamente, inmutable, y entiende de súbito que el amor irnato y necesario del bien y la tendencia al optimismo, es el natural deseo de allegarnos al ejemplar eterno del bien, no sólo para

que la voluntad sea buena *en sí*, como quiere el esforzado remozador del estoicismo de Séneca, sino para que los actos, ó más bien la ley natural en el orden práctico, sea lo que la ley eterna es en el suyo: una ley adecuada á un congruo fin. Mucho me extendiera, pues no es poco lo que queda por decir, si me propusiera exponer las bases del sistema de Santo Tomás; basta lo dicho, para que los estudiosos filósofos piensen seriamente, si no lo han hecho hasta aquí, en los principios de la filosofía de Santo Tomás, y tengan presente: 1º que el sistema tomístico, si permanece estacionario, como á algunos maliciosamente afirman, es porque



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



el objeto de sus disquisiciones, por lo que respecta á la intensidad de la idea, está en cierto modo agotado; 2º que los sistemas á él extraños han corrido la misma suerte que las heregías, en tanto que el tomismo permanece íntegro é inviolable como la Iglesia de Cristo; 3º que todos los sistemas antitomísticos (se entiende que no me refiero al scotismo ni al suarismo), son incapaces, no sólo para mantener su autonomía é inmunidad, sino para resistir, como el tomismo, á los ataques de los sistemas contrarios.

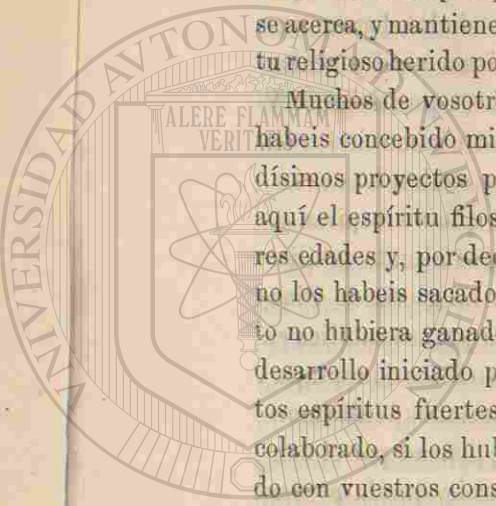
Habemos á la mano los periódicos católicos algunos de ellos, fundados con sacrificios heroicos, para

que en sus columnas se estampen nuestras disquisiciones. Sólo por su medio, entendedlo, lograremos asentar el tomismo aquí y acabar con el pernicioso positivismo. Y no opongais á esto, como ciertos espíritus vulgares suelen hacerlo, consideraciones que no respiran sino tibieza, exiguo aliento católico y poco celo por la gloria de Dios; no digais que la prensa católica es aquí cosa de poco fuste ó inepta para dilucidar cuestiones de alta monta y profundas; pensad por el contrario y no errareis, que la prensa influye grandemente y más de lo que parece en la opinión, que endereza la conciencia pública, modifica los sentimientos, disipa y frustra las

maquinaciones impías, dá la voz de alarma siempre que el enemigo se acerca, y mantiene vivo el espíritu religioso herido por todas partes.

Muchos de vosotros, lo sé bien, habeis concebido mil veces fecundísimos proyectos para renovar aquí el espíritu filosófico de mejores edades y, por decida culpable no los habeis sacado á luz. ¡Cuánto no hubiera ganado el incipiente desarrollo iniciado por unos cuantos espíritus fuertes, si hubierais colaborado, si los hubierais alentado con vuestros consejos é indicaciones! Ni aun en cosas de poco momento aprovecha trabajar á solas y en silencio; es preciso que el periódico difunda, por doquiera las

labores de cada parte, para que los actos se unifiquen y mutuamente se corroboren. Dos hombres bastaron solamente para remozar en España la afición á la filosofía netamente española de los Vives y Morcillos, y acallar las voces de Manuel de la Revilla, Gumesindo Azeárate y Salmerón: estos fueron Gumesindo Laverde Ruiz y Marcelino Menéndez Pelayo: cuatro bastaron para que reverdeciera el árbol tomi-
ta: el cardenal Zeferino González el P. Fonseca, Orti y Lara y Alejandro Pidal y Mon; en Italia, Francia y Alemania oponen un valladar á la filosofía positiva y mantienen fresca y lozana la ciencia de santo Tomás, Vallet, Cornoldi, Libera-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

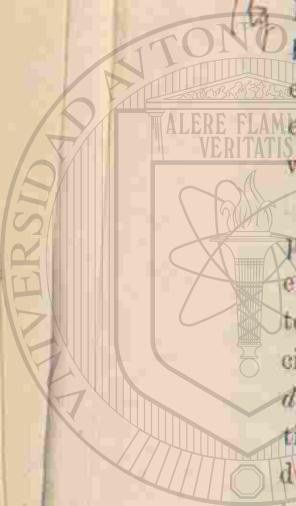


Itore, Ucelli, Zigliara Sciffini
Kleugten y el jesuita Jungmann.
Pero la prensa y luego el folleto y
el libro, más que la cátedra, dieron
el empuje reaccionario y conmo-
vieron el mundo filosófico.

Nosotros tenemos el *Heraldo*,
periódico fundado con el sacrificio,
el amor cristiano y el celo edifica-
nte de su director, lleno de ilustra-
ción y de ardor juvenil; á la *Voz*
de México, diario sensato y discre-
tísimo en el cual rebosan la sabi-
duría y la piedad; el *Tiempo*, ba-
tallador insigne, iniciador excelen-
te y benemérito de la prensa. Apro-
vechémonos de la boga y prestigio
de estas publicaciones, para con-
mover los corazones de nuestros

hermanos que con ojo indiferente
y culpable ven progresar una sec-
ta cuya maldad apenas conocen.
Escribamos en ellos, sin descanso,
mientras el vigor y el aliento no
nos falten, artículos sobre la filo-
sofía tomista: no bastan, repito los
libros, son neceserios los artículos
de periódico. Solo así habrá, sin
que pase mucho tiempo, algo que
oponer en nuestra patria á la pre-
suntuosa filosofía positiva, la cual
medra, ya porque no se la combate
tenazmente por la prensa, ya por-
que no ve de cerca los reflejos del
sistema filosófico de Sto. Tomás. (1)

1 Este discurso fué pronunciado por el au-
tor en el «Círculo Católico de México,» la no-
che del 19 de Enero de 1890.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CCX.

Algún día llega el hombre á ver con indiferencia los bienes que posee, y entonces, de todos los signos de su estimación primitiva, queda sólo este: el temor de perderlos.

CCXI.

El orgullo contrasta con nuestras demás miserias y con nuestras excelencias.

CCXII.

Schopenhauer y La Rochefoucauld han sido los más insignes idólatras del yo, y los más encarnizados enemigos de la especie humana.

CCXV.

La infinidad (1) del espíritu ensancha los horizontes de la naturaleza inferior y dá por esto mismo tormento á su impotencia: lo limitado de la naturaleza inferior estrecha los términos del campo espiritual y empobrece el inmenso poder del espíritu. De aquí que el hombre busque en los placeres la satisfacción de alguna aspiración infinita y que no halle en los goces espirituales aquella objetividad que cree hallar en los sensibles: de aquí esa monstruosidad de la naturaleza humana, esa inversión de

1 Bien se entiende que me refiero á la capacidad y apetibilidad del espíritu.

nuestros apetitos y esa tendencia á buscar en lo infinito lo finito y en lo finito lo infinito.

CCXVI.

Qué es el amor de la gloria? La innata inclinación, diré modificando un tanto un aforismo de Schopenhauer, á ser ante los demás lo que se es ante sí mismo, es decir, á vivir en la conciencia de los demás tal como se vive en la propia conciencia. (Se entiende que hablo del amor de la gloria, propio de los hombres ilustres.) En qué se funda el amor de la gloria? Se funda 1º en la autolatría infinita, 2º en la incapacidad del yo para contentarse. Se engaña pues el filósofo

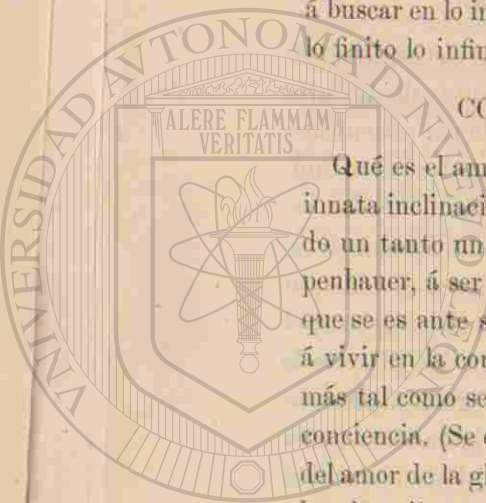
alemán, cuando en una nota de su Parerga y Paralipómena declara que el hombre más feliz sería aquel que llegara á admirarse sinceramente á sí mismo.

CCXVII.

La antítesis que pone Guillermo Schelling (Bruno) entre el artista y el filósofo es absurda, porque arte supremo y alta filosofía son sinónimos. Y así Platón, nombre tan caro al filósofo alemán, fué el más admirable de los artistas, precisamente porque fué el más admirable de los filósofos.

CCXVIII.

Cada bien exterior que adquiere



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



el hombre, adquiérello á costa de un bien interior. Esta es la verdadera razón porque el hombre se siente siempre tan pobre.

CCXIX.

Es tal el amor del yo que, si el hombre poseyera los mundos que contempla en una noche serena, no los juzgaría dignos de él. Y á este yo infinitamente ambicioso, es al que los otros *yoes* arrebatan el mendrugo de felicidad que con mil fatigas y quizá con la quiebra de su capital subjetivo, logró alcanzar.

A este *yo* ávido de felicidad es al que hacen infeliz los demás! Con razón el *yo* aborrece tanto á los otros *yoes*.

CCXX.

Ha dicho un filósofo alemán que es más feliz el sabio que el ignorante. Sea de esto lo que fuere, por lo que á mí respecta, quisiera más bien ser el Tyrsis ó el Dafnis de Teócrito, que el Fausto de Goethe, ó el yo sombrío de La Rochefoucauld, ó de Schopenhauer:

O formose puer, nimium ne crede colori,
Alba ligusta cadunt, vacinia nigra leguntur

Más feliz eres cuando al contemplar las estrellas, piensas que son las ventanas del cielo, que aquel que no ve en ellas más qué fórmulas algebraicas.

CCXXI.

Al ignorante acompañan siem-

pre los años juveniles; al sabio, por joven que sea, los años seniles.

CCXXII.

¡Cuán caro cuesta á nuestro corazón la dicha que el entendimiento experimenta cuando ve las cosas como son!

CCXXIII.

Compramos el más hermoso de los bienes, la sabiduría, con el más amable de los tesoros, con la felicidad. Valga lo uno, por lo otro.

CCXXIV.

Saber ser feliz es resignarse á no serlo en este mundo.

CCXXV.

El sabio conoce y ama la felicidad más que el ignorante, pero es menos dueño de ella que éste.

CCXXVI.

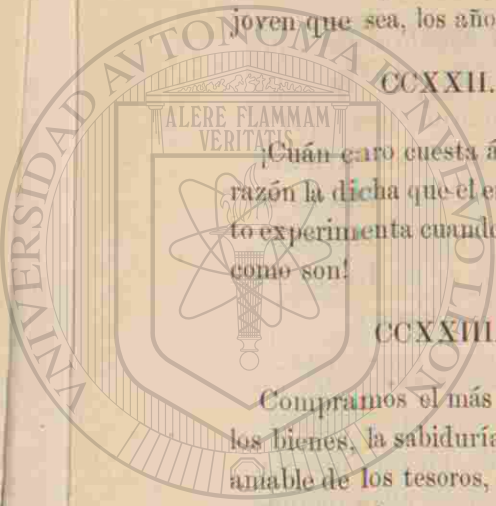
Se ama la vida por temor de la muerte, pero no se teme la muerte por amor de la vida.

CCXXVII.

La posesión de un bien engendra fastidio: por esto los bienes que no nos pertenecen son los más amables.

CCXXVIII.

El *yo* quisiera que todos los *yoes*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



contribuyeran á su felicidad; pero como todos piensan de esta suerte, síguese que el principio radical de nuestra infelicidad está en el *yo*.

CCXXIX.

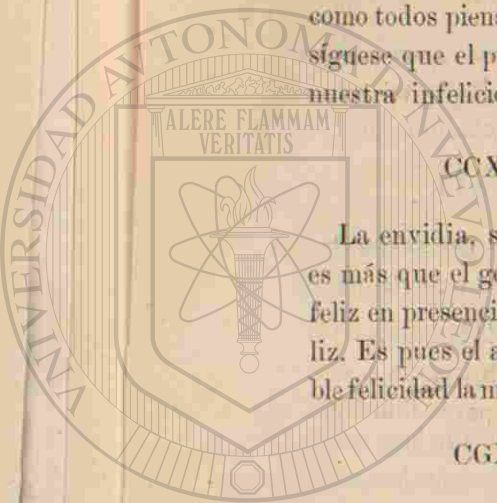
La envidia, si bien se mira, no es más que el gemido del alma infeliz en presencia de la que cree feliz. Es pues el amor de la imposible felicidad la madre de la envidia.

CGXXX.

Nadie es feliz impunemente, por que donde quiera que el hombre busque la felicidad, será infaliblemente atormentado por las pasiones de sus semejantes.

CCXXXI.

Hay dos gigantescas y eternas luchas en la naturaleza que ponen en movimiento las entrañas de la tierra, el aire, los mares, los desiertos, las ciudades, los campos y las montañas. La primera es la lucha del animal que se siente mortal, por la existencia: la segunda es la del humano espíritu que se siente infeliz é inmortal, por la felicidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



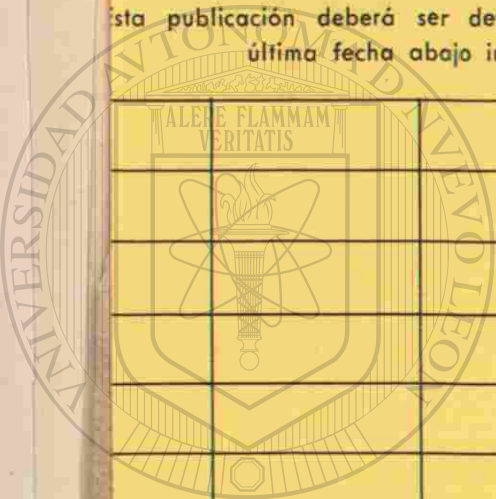
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la
última fecha abajo indicada.

IFCC 639



BD450

C3

V.1

42728

FEVT

AUTOR

CAJIGAS, Rafael

TITULO

Pensamientos

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA